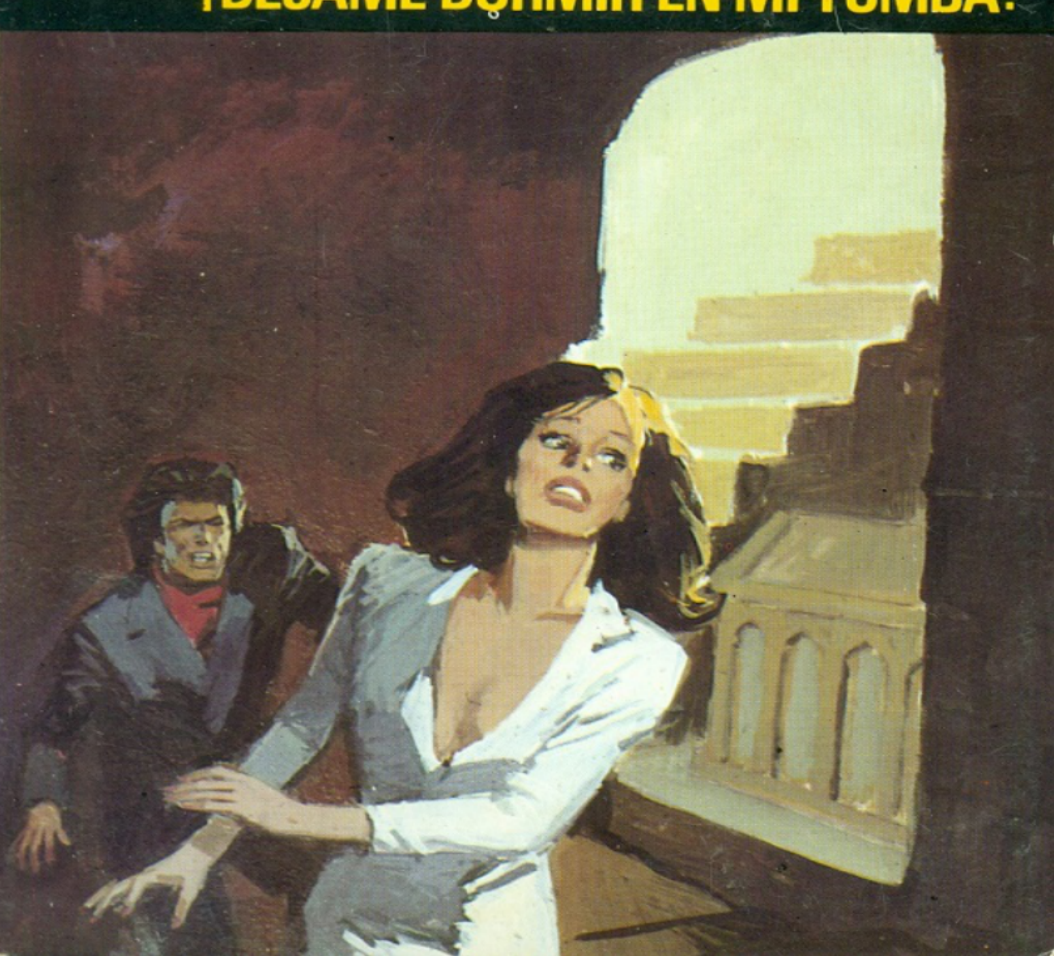
BOLSILIBROS BRUGUERA

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

¡DEJAME DORMIR EN MI TUMBA!





SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

277 — Yo encontré a Frankenstein, *Curtis Garland*.
278 — La soledad del corredor de muerte, *Silver Kane*.
279 — Aquí vive el Diablo, *Clark Carrados*.
280 — Las morbosas, *Curtis Garland*.
281 — Ven a charlar esta noche, *Lou Carrigan*.

CLARK CARRADOS

¡DEJAME DORMIR EN MI TUMBA!

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 282
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 13.930 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Contrato firmado el 24 de mayo de 1701 entre Lord Edgard Threswin, conde de Shagmore, y John Jonas Ferries, cirujano y químico real:

> *«Yo, el infrascrito, Edgard Threswin, tercer conde de Shagmore, declaro, por el presente contrato, vender mi cuerpo, después de mi muerte, al honorable John Jonas Ferries, cirujano y químico de Su Graciosa Majestad, a cambio de recibir, en el acto de la firma del presente contrato, la suma de cinco mil libras esterlinas en oro, y añado que el citado Ferries podrá disponer de mi cuerpo libremente y para los usos que él estime convenientes y más beneficiosos para su profesión; y desde ahora, declaro exento de cualquier culpa o daño que pudiera derivarse de este contrato al citado doctor Ferries, dejando bien sentado que el pacto ha sido establecido hallándose los dos signatarios en pleno uso de sus facultades mentales, no alteradas por enfermedades malignas ni por la ingestión, en exceso, de bebidas alcohólicas. Se entiende, además, que mi muerte no podrá ser provocada por actos del citado doctor Ferries y que los herederos del mismo, en caso preciso, podrán ejercer las prerrogativas que el presente contrato otorga al dicho segundo signatario. Dado en...»*

Lord Edgard firmó con mano segura y luego pasó la pluma de ave al doctor Ferries. A continuación, el tercer conde de Shagmore soltó una estentórea carcajada.

—Hacéis un buen negocio, a fe mía, doctor —exclamó—. Después de mi muerte, haced con mi cuerpo lo que más os plazca. Convertidme en pedacitos, triturad mis huesos para obtener una poción mágica que permita sentirse viril a un centenario, haced de mi calavera una copa..., pero, mientras tanto, dejadme disfrutar de la vida... y de vuestras excelentes cinco mil libras.

El doctor Ferries sonrió también.

—Creo, milord, que ambos hemos hecho un buen trato —dijo—. Y, para celebrarlo, os propongo un brindis con este magnífico oporto, que me han traído ayer mismo.

—Acepto gustoso, doctor.

Los dos hombres vaciaron sus copas. Luego Lord Edgard tomó la pesada bolsa que había encima de la mesa y la hizo saltar en el aire. Las monedas tintinearon musicalmente.

—Doctor, consideradme vuestro humilde e incondicional servidor... después de muerto

—se despidió, con otra ruidosa carcajada.

Al quedarse solo, el doctor Ferries fue hacia un gran atril, sobre el que había un viejo libraco, que abrió por la señal de una cinta roja, dejando así a la vista una página, en la que había una interesante anotación:

«Cómo hacer revivir a una persona muerta y convertirla en un ser obediente a todos nuestros mandatos.»

El doctor Ferries, aparte de excelente cirujano y reputado químico, tenía, además, cierta fama de mago, con algunos puntos de brujo, lo que, por otra parte, le había procurado una considerable fortuna, cosa que le había permitido comprar el cuerpo de un hombre cuando éste se hallaba todavía vivo. Pocos sabían, además, que el doctor Ferries había hecho experimentos con animales muertos, a los cuales había logrado revivir de forma que no cabía lugar a dudas. A decir verdad, tales experimentos no habían gozado de excesiva publicidad ni mucho habían conseguido un crédito absoluto.

Al doctor Ferries no le importaba en absoluto el escepticismo de sus semejantes; antes al contrario, lo estimaba beneficioso para sus proyectos, trazados a largo plazo y cuyo primer paso acababa de ser dado con la firma del contrato. El segundo paso consistiría en la muerte de Lord Edgard, suceso en el que él no iba a tener la menor parte, de acuerdo con los términos del contrato.

Lord Edgard era el amante de una encopetada dama, esposa de un personaje de alcurnia. El doctor Ferries no dio un solo paso para enterar al personaje en cuestión de que se había convertido en un esposo burlado; la maledicencia, abundante en la corte, y la misma imprudencia del amante favorecido por la dama, hicieron que la solución del caso fuese muy sencilla.

El esposo burlado no era partidario de lavar su honor personalmente en un duelo en el que podía perder, además, la vida, y contrató a unos rufianes que ejecutaron la tarea limpia y discretamente, y por un módico estipendio. Todo el mundo se imaginó lo sucedido, pero como, además, el cadáver apareció desvalijado, el hecho fue atribuido a unos ladrones vulgares, contra los que se dictaron los acostumbrados requisitos para su busca y captura.

Inmediatamente que conoció la noticia, el doctor Ferries se dispuso a trabajar, y lo hizo con su acostumbrada minuciosidad, anotando todos y cada uno de los puntos de su experimento, cuyos detalles quedaron registrados en un cuaderno que el propio doctor Ferries redactó personalmente.

Pero los planes del cirujano real sufrieron una variación inesperada. Su fama alcanzaba no sólo al ámbito científico, sino al más prosaico del dinero, y así, cierta noche, unos ladrones, esta vez auténticos, asaltaron su casa y le dieron muerte a puñaladas, después de lo cual robaron cuanto les pareció digno de valor. Naturalmente, los libros y apuntes científicos no entraron en la consideración de «digno de valor» y fueron abandonados por los saqueadores y asesinos del doctor.

El doctor Ferries había estado casado en tiempos y, como consecuencia del matrimonio, había nacido un niño, el cual quedó al cuidado de unos parientes cercanos, gente honesta por cierto, que supieron administrar bien y fielmente

las propiedades del difunto, entre las cuales figuraba Shagmore Hall, una mansión, con extenso parque circundante, que había perdido ya su dueño, el difunto Lord Edgard, a consecuencia de un préstamo anterior que no había podido devolver a tiempo. (Cuando pidió las cinco mil libras, lo único que le restaba ya por vender era, literalmente, su propio cadáver.)

El hijo del doctor Ferries no demostró la menor afición por seguir la profesión de su padre, sino que se hizo marino, actividad en la que logró descollar considerablemente. Por tanto, todos los libros y papeles de su padre, guardados en unos baúles, quedaron en el desván de Shagmore Hall y, durante cientos de años, nadie sintió la menor curiosidad por conocer el contenido de dichos baúles.

* * *

El coche describió una curva y se detuvo ante la fachada principal de la mansión, notablemente bien conservada a pesar del paso del tiempo. Un hombre de buena estatura, grueso, sanguíneo, se apeó del vehículo y subió con paso rápido los seis escalones que conducían a la veranda. Al llegar a la puerta, tiró nerviosamente del cordón de la campanilla de llamada.

La puerta se abrió a los pocos instantes. Un atildado mayordomo contempló con ojos impasibles la faz del visitante.

—¿Señor?

—Soy Norrie Heoghill —se presentó el recién llegado—. Tenga la bondad de anunciarme al señor Weston.

—Bien, señor; le avisaré ahora mismo... Por aquí, tenga la bondad...

Heoghill sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de su más que amplia frente. Con ojo crítico, contempló el hermoso vestíbulo, de espejeante suelo de mármol blanco y negro, y se relamió por anticipado al apreciar el valor de los grandes espejos venecianos, enmarcados en lujosas cornucopias doradas, traídos a Inglaterra trescientos años antes. La araña que pendía del techo era de auténtico cristal de roca, y las armaduras que adornaban el arranque de la escalera que conducía a los pisos superiores, habían contenido los cuerpos de valientes caballeros que habían luchado por su rey en infinidad de ocasiones.

Aquella mansión podía ser suya, pensó Heoghill. Prácticamente, era lo que le faltaba para adquirir el aura de respetabilidad que tanto deseaba conseguir. No figuraría nunca en las listas que el primer ministro presentaba anualmente a la reina, para que le fuese otorgado el título de sir, pero Shagmore Hall le daría tanto prestigio o más que el mencionado título. Y total, por la ridiculez de unos miles de libras...

El mayordomo, surgiendo de nuevo, cortó en seco sus pensamientos.

—Señor, tenga la bondad...

Heoghill pasó a una gran biblioteca, con la chimenea encendida, junto a la cual, y ataviado con batín corto de terciopelo rojo, había un hombre alto, delgado y de cejas picudas, actual propietario de la mansión.

—Señor Weston, imagino de sobra que conoce usted los motivos de mi

visita —dijo Heoghill.

Richard Weston hizo un gesto de asentimiento.

—Lo sé —contestó con voz neutra—. ¿Le apetece una copita de oporto? ¿O prefiere jerez, amigo mío?

—Mire, señor Weston, yo no he venido aquí a charlar como buenos amigos junto al fuego. Lo único que deseo saber es si está usted en condiciones de saldar su deuda conmigo.

—No.

Weston se separó de la chimenea y caminó hacia una mesita, sobre la que había servicio de licores. Destapó un frasco tallado y llenó una copa.

—No tengo el dinero suficiente para pagar el préstamo, ni siquiera para los intereses —añadió.

—Y me lo dice tan fresco...

—Señor Heoghill, si usted hubiese tenido la mínima seguridad de que yo podía devolverle el dinero, no habría hecho este viaje desde Londres, desatendiendo sus múltiples y productivos negocios. Simplemente, habría esperado a la fecha indicada en los pagarés que tiene firmados por mí, y me los hubiese devuelto, a cambio de la suma adeudada. Más los intereses, naturalmente.

—Así es —convino el visitante, un tanto sorprendido por la actitud del dueño de la casa—. Pero yo pensé que...

—Señor Heoghill, ¿cuál es el monto total de la deuda?

—Lo sabe usted muy bien: cien mil libras, con la garantía de Shagmore Hall. Todos los pagarés vencen la próxima semana y por eso quería saber si está en condiciones de rescatarlos.

—No; ya le he dicho que no. Pero le voy a proponer un trato: cuatro semanas más de prórroga...

—¡Más prórroga! —Se escandalizó el visitante—. Señor Weston, he sido ya demasiado paciente con usted. Ni un día, ni una hora, ni un minuto tan siquiera, ¿me ha entendido usted?

—Por favor, amigo mío; deje que le exponga mis condiciones. En todo caso, si no las acepta, siempre estamos a tiempo de ejecutar el acuerdo. ¿No es así?

—Está bien, hable —gruñó Heoghill.

—Si no cancelo la deuda en la fecha en que vencen los pagarés, y de acuerdo con el pacto suscrito entre ambos, Shagmore Hall le pertenecerá a usted, a cambio de la diferencia entre la deuda y la suma de cien mil libras esterlinas. Como le debo cincuenta y cinco mil, es obvio que con cuarenta y cinco mil, esta vasta posesión, con cuadros y muebles de un valor incalculable, más sus cuarenta hectáreas de parque, pasará a su poder y, en el fondo, no lo niegue, es lo que está deseando.

—Lo admito, qué diablos —dijo el visitante—. Pero que conste que la idea de poner Shagmore Hall como prenda de valor por los préstamos fue suya y de nadie más.

—No se lo discutiré en absoluto, amigo mío —respondió Weston sin alterar un ápice su tono de voz—. La propuesta que quiero formularle es: cuatro semanas más de prórroga y Shagmore Hall por setenta y cinco mil libras. Es decir, si no rescato los pagarés, usted viene con veinte mil en la mano y yo me marcho de la casa, mientras usted se queda como su dueño absoluto. ¿Le satisfacen estas condiciones?

Heoghill dudó unos instantes. Sentía unas ansias locas por saberse dueño de Shagmore Hall, pero qué diablos, pensó, esperar un poco podía reportarle una sustanciosa rebaja en el dinero que debería pagar para dejar las cosas en su sitio. Veinticinco mil libras bien merecían la pena de cuatro semanas de paciencia.

—Trato hecho —dijo al fin.

—Gracias, señor Heoghill. Sabía que sería usted comprensivo y que atendería mi petición. Mañana, en Londres, firmaremos un documento definitivo, si le parece bien.

—Pero esta vez no habrá prórroga de ninguna clase. O me paga lo que me debe o vengo aquí con veinte mil libras y les echo a usted y a su mayordomo «cara de palo» a patadas a la fecha del vencimiento.

—No le daremos ocasión de que se ensucie los zapatos —respondió Weston cáusticamente.

CAPITULO II

Era su última ficha y Percy Kallenby la contempló tristemente. No le pesaba de una forma particular la pérdida de las doscientas libras con que había iniciado el juego, pero sí la estupidez con que había accedido a la propuesta de un buen amigo, que le había llevado a aquel lujoso casino, que para Kallenby era más bien una timba en donde sólo la casa tenía la absoluta seguridad de ganar.

La casa de juego, con distintos departamentos, según las aficiones de los clientes, estaba repleta. Hermosas damas, con grandes escotes y profusión de joyas, caballeros vestidos de etiqueta, camareros amables, discretos y eficaces..., pero el dueño y sus empleados, todos ladrones, de los pies a la cabeza, pensó Percy, sin omitir siquiera a la atractiva muchacha, de cortos y brillantes cabellos negros que, contra la costumbre, era croupier en la mesa de ruleta, sobre la que se disponía a apostar su última ficha de diez libras.

Percy había estado observando largo rato las veleidades de la bolita. En ningún momento se había detenido en una casilla sobre la que se hubieran hecho puestas de importancia. Aquella ruleta, se habría dejado cortar un brazo, estaba trucada. Un freno de pie y...

En fin, pensó, gajes del oficio... y doscientas libras que anotaría en la cuenta de gastos como una especie de inversión para futuros negocios con el amigo al cual se había visto obligado a acompañar. Por supuesto, tenía más dinero encima, pero no pensaba cambiar un solo penique. Con lo perdido era suficiente.

La chica de la ruleta era muy bonita. Incluso le pareció fuera de lugar en aquel ambiente. Había otras «damas» en el casino y su aspecto resultaba inequívoco. Aquella muchacha no casaba demasiado bien con la atmósfera de la timba, lujosa, elegante y costosa, pero timba al fin y al cabo, en donde, con la mayor suavidad y bajo la resplandeciente luz de las arañas de cristal, se desplumaba a los clientes tan eficazmente como un ladrón en cualquier oscura callejuela del Soho.

Al fin, Percy se decidió y arrojó su ficha sobre un número cualquiera. La ruleta empezó a dar vueltas, después de que la bonita croupier anunciase que ya no se admitían más puestas. A Percy se le antojó que ella le hacía un disimulado guiño de ojos. Debía de ser ilusión suya. Si era realidad, había sido un guiño muy rápido, que sólo él podía haber visto.

¿Había alguna razón?, se preguntó.

Percy tuvo la respuesta segundos más tarde. La bolita cayó en su número. Había acertado un pleno. Treinta y seis veces la puesta. Trescientas sesenta libras.

Apresuradamente, recogió las fichas que la raqueta había empujado hacia su casilla. En medio de todo, la noche no se había dado mal. Ni que le jurasen una docena de plenos seguidos iba a arriesgar una sola libra más.

La croupier se levantó y cedió su puesto a un suplente. Percy fue a la caja y cambió sus fichas. Su amigo, apreció, estaba de palique con una escotada dama, de pelo rubio muy brillante y senos tan redondos y erectos que le hicieron pensar en unos globos hinchados con aire a alta presión.

El hombre parecía tan fascinado por la visión de Aquellas orondas redondeces, que no veía nada de lo que pasaba a su alrededor. Percy supo así que tendría que regresar solo a casa. No lo lamentó; su amigo, en ocasiones, se ponía verdaderamente pesado. Que lo aguantase la rubia de los pechos como balones de fútbol. Lo haría con gusto... y mediante un precio nada económico.

Percy buscó el lavabo. Al salir, creyó oír voces al otro lado de una puerta. Una de las voces pertenecía a una mujer.

De pronto, oyó el inconfundible chasquido de una bofetada, seguido de una queja hecha en agudos tonos.

Frunciendo el ceño, abrió la puerta. Aunque sabía que iba a meterse en terreno ajeno, no le agradaban los tipos que pegaban a las mujeres, aunque fuesen las propias. Entonces, con gran sorpresa, vio a la croupier, sentada en el suelo, con las faldas hasta más arriba de las rodillas y el pelo completamente revuelto.

Un hombre se inclinó hacia ella y, asiéndola por un brazo, la hizo ponerse en pie.

—¡Perra! ¡Te has puesto de acuerdo con ese tipo, para repartiros las ganancias...!

—Sin duda, el caballero se refería a mí —dijo Percy.

El hampón, porque lo era, pese a su elegante traje de etiqueta, se volvió, vivamente sorprendido.

—Lárguese, no moleste —dijo de mal humor.

—Es usted el que me está molestando —contestó Percy, sin amilanarse por el tono hostil del sujeto.

Se acercó a la muchacha y vio que tenía encarnada la mejilla izquierda.

—Lo que me suponía, este tipo la ha golpeado —añadió. La chica asintió tímidamente. Percy sonrió.

De pronto disparó el puño izquierdo y lo hundió en el estómago del hampón, que se curvó agónicamente sobre sí mismo. Luego empleó el puño derecho contra la mandíbula del sujeto. Finalmente, simuló sacudirse el polvo de las manos y dirigió una alegre sonrisa a la muchacha.

—Listos —dijo, sin mirar siquiera a! hampón que yacía en el suelo, abierto de brazos y piernas—. Apostaría algo bueno a que está pensando en abandonar este elegante pero infecto tugurio —añadió.

—Así es, precisamente hoy iba a despedirme...

—Me llamo Percy Kallenby —se presentó el joven—. Puede llamarme Percy a secas y, si no me juzga como un vulgar conquistador, me agradaría mucho acompañarla hasta su casa, señorita...

—Dunghannon, Alice Dunghannon —contestó ella—. Acepto encantada

su compañía, Percy. A decir verdad, ya estaba más que harta del empleo y pensaba marcharme hoy mismo, pero a Ted Gillian no le ha gustado demasiado mi decisión, aparte de otras cosas que no hay por qué mencionar, y por eso me ha pegado.

—Siento una desilusión enorme, Alice. Creí haber oído algo de repartir ganancias conmigo —dijo Percy alegremente—. ¿O necesito una buena limpieza de oídos?

—No, ha escuchado bien —replicó la chica—. Pero... Percy agarró desenvueltamente el brazo de Alice.

—Me lo contará por el camino —la interrumpió—. ¿Tiene algo que recoger, muchacha?

—Mi abrigo y el bolso, Percy.

—Muy bien, vamos, pues, en su busca y... De repente, un hombre les cortó el paso.

—Hola —dijo Heoghill secamente—. He oído decir que te marchas, Alice.

—Es cierto —respondió la chica.

—Se marcha, Norrie —confirmó Percy—. Alice no quiere continuar un día más en una casa donde se roba a la gente sin necesidad de ponerles una pistola al pecho. Ella no quiere seguir siendo cómplice de unos ladrones, y apruebo su conducta incondicionalmente.

La cara de Heoghill se puso aún más roja que de costumbre.

—Kallenby, usted y yo hemos chocado más de una vez, pero nunca con demasiada violencia. No me obligue a emplearla como yo sé.

—Señor Heoghill, la última vez que nos enfrentamos, usted sobornó o amedrentó a los testigos; por eso no es huésped preferente en una de las cárceles de Su Majestad. Pero le doy mi palabra que si no deja pasar a esta chica, será huésped del mejor hospital de Londres. ¿Está claro?

Heoghill apretó los labios. Vio a su acólito caído en el suelo y quiso saber lo ocurrido.

—¿Por qué le ha pegado, Kallenby?

—No me gustan los valientes que golpean a las mujeres. Y eso va también por usted, Norrie. Hasta ahora no me he enterado de que esta timba, a la cual he acudido por casualidad, le pertenece, pero puede estar seguro de que jamás volveré a poner los pies en ella. De modo que, si no quiere que la gresca continúe, apártese a un lado y déjenos marchar.

—No quiero jaleos —refunfuñó Heoghill—, En cuanto a su decisión de no volver más por mi casa, no puedo por menos de felicitarle.

—Gracias. ¿Vamos, Alice?

—Sí, Percy.

Cuando la joven pasaba por su lado, Heoghill extendió un índice amenazador:

—Alice, si un día necesitas un empleo, piensa que aquí siempre faltan mujeres de limpieza —dijo ofensivamente.

Percy se volvió rápidamente y, con los dos dedos juntos de su mano

derecha, sacudió un vivo papirotazo en aquel índice todavía extendido. Se sintió muy complacido al oír el grito de dolor que lanzaba Heoghill y el gesto inevitable de llevarse la mano bajo el grasiento sobaco. Luego, riendo alegremente, empujó a la chica hacia el vestuario.

—No tarde, recuerde que la espero —dijo.

Mientras, Heoghill entraba en el cuarto y despabilaba a puntapiés al inconsciente hampón. Se preguntó si Tod Gillian encajaría dentro del cuadro de las perspectivas que tenía para el futuro. Tres días más tarde, tenía que viajar a Shagmore Hall... y los tipos como Gillian no eran los más adecuados para actuar en aquella lujosa residencia.

* * *

Percy abrió la portezuela, para que Alice ocupara un sitio en el coche, y luego se sentó tras el volante. Dio el contacto, arrancó, buscó un hueco en el no demasiado abundante tránsito y, finalmente, se volvió sonriendo hacia la muchacha.

—Bien, Alice, y ahora dígame una cosa: ¿hizo o no hizo trampa conmigo?

—Lo admito —contestó ella—. Frené la bola..., pero fue porque me dio lástima.

—¿Lástima yo? —se asombró él.

—Claro. Tenía una cara de desesperado imponente. Ya me lo veía colgado de un árbol o con la sien atravesada por una bala...

—Oh, por favor, Alice, la vida es muy bella. Aparte de que no tengo en absoluto vocación de suicida, lo que usted vio en mí fue el fastidio de haber jugado más bien por acompañar a un amigo que por necesidad. Hombre, no desdeño las ganancias, pero si hubiese perdido el dinero que había decidido arriesgar... Bueno, tampoco lo hubiese lamentado hasta el punto de pensar en el suicidio.

—Vaya, entonces me engañé con usted —dijo la chica.

—Quizá, pero no hablemos ya de ello. ¿Es cierto que pensaba despedirse?

—Sí. En primer lugar, voy a residir una temporada con una tía anciana, en el campo, a sesenta millas de Londres. Me ha pedido que le haga compañía y no puedo negárselo. Es la única familia que me queda en este mundo, su salud ya no es muy buena y... Luego, claro, vienen los otros motivos. Estaba harta ya de robar a la gente.

—Entonces, en esa ruleta se hacen trampas. Alice rió amargamente.

—En todo el casino no hay un juego honesto —contestó—. Los que advierten algo sospechoso y protestan, son sacados discretamente y apaleados con una brutalidad de la que no puede usted hacerse una idea siquiera. Tengo entendido que han sucedido cosas más graves, pero no puedo asegurar nada al respecto. En todo caso, Norrie es un hombre que sabe actuar con una absoluta discreción.

—De eso no me cabe la menor duda —respondió Percy—. Pero, dígame, ¿cómo una chica de su clase pudo trabajar en ese antro?

—Las cosas se hacen siempre por ignorancia —respondió ella—. Primeramente, entré como camarera; no tenía trabajo, ofrecían un buen sueldo... y claro, cuando una es nueva, todo parece fácil y bonito... Luego, Norrie se fijó en mí y me dijo que procurase entrenarme para croupier; ganaría más, aparte de que ello atraía a los clientes... Entonces fue cuando empecé a introducirme en los secretos del negocio... y seguí durante una temporada, hasta que no pude más. De todos modos, si no hubiera sido por la llamada de mi tía, no sé qué hubiera hecho...

—Se compadeció de mí —rió el joven.

—Ya le he dicho que le confundí, y me alegro de ello. Usted, por lo visto, no siente demasiadas simpatías hacia Heoghill.

—Ninguna, Alice. Hemos tenido un par de encontronazos y la verdad es que no he salido muy bien parado, aunque tampoco lo lamento demasiado. Tarde o temprano, los tipos como Heoghill acaban mal.

—A mí ya no me importa lo que pueda sucederle. Espero no volver a verle en los días de mi vida.

La conversación tomó luego otros derroteros. Finalmente, llegó la hora de la despedida.

Percy se apeó frente a la casa donde vivía Alice y tomó sus manos con las suyas.

—Dígame dónde va a residir a partir de ahora —solicitó—. Quizá un fin de semana, si hace buen tiempo, vaya a invitarla a dar un paseo por el campo.

Alice sonrió.

—Estaré en Wilkeshire, Grobbs Farm —contestó.

—Iré a verla —prometió Percy.

Aquella noche, al meterse en la cama, Percy sé preguntó si no había formulado una promesa con demasiado ligereza. Alice era encantadora, pero quizá no valía la pena un viaje de sesenta millas de ida y otras tantas de vuelta, para estar unas horas con la muchacha. Pero, de todos modos, aún no había llegado el momento de la decisión, por lo que lo mejor era dar de lado el problema hasta que llegase el instante de atacarlo en un sentido u otro. Dio media vuelta, cerró los ojos y, a los pocos minutos, dormía como un tronco.

CAPITULO III

El plazo se había cumplido y Richard Weston no había cancelado todavía su deuda.

Norrie Heoghill lo comentó con su fiel segundo, Tod Gillian.

—Me lo suponía —dijo—. Lo único que ese tipo quería era ganar un poco más de tiempo..., pero puedes contar con que antes de que concluya el día de mañana lo habré puesto de patitas en la calle.

—¿Piensa ir a Shagmore Hall, jefe? —preguntó Gillian.

—Mañana, sin falta, a menos que en el día de hoy reciba la llamada de que tiene el dinero..., pero eso no sucederá, descuida.

Efectivamente, Weston no llamó y al día siguiente, después del almuerzo, Heoghill emprendió el viaje hacia Shagmore Hall, adonde llegó poco antes de las cuatro.

Weston le recibió con rostro impasible.

—No tengo el dinero —manifestó.

—Me lo suponía —dijo Heoghill—. He traído veinte mil libras. Tómelas y lárguese.

Los dos hombres hablaban en la biblioteca, en cuya chimenea ardía un buen fuego. Con perfecta sangre fría, Weston se sirvió una copa de oporto, la bebió y luego salió de la estancia, dejando solo a su visitante.

Heoghill buscó el brandy, del que se sirvió una buena dosis. Transcurrió media hora.

Weston no daba señales de vida. Heoghill empezó a impacientarse. Dejó la biblioteca y salió al vestíbulo, desierto en aquellos instantes.

—¡Weston! —bramó.

—¡Un momento! —Contestó el aludido, desde una de las habitaciones del piso superior—. Termino en seguida...

Heoghill empezó a sentir cierta aprensión. Aquella casa se le había hecho de repente lúgubre y siniestra. Por si fuera poco, empezaba ya a anochecer. Soplaba una cierta brisa y los árboles del parque adquirían formas espectrales, al moverse sus ramas a impulsos del viento.

—Espero que no haya fantasmas en este caserón —rezongó.

¿Y el mayordomo?, se preguntó de repente.

Weston seguía aún en el primer piso. Heoghill empezó a perder la paciencia, aunque logró contenerse pensando en que tampoco merecía la pena excitarse demasiado por unos minutos de retraso. A fin de cuentas, tenía toda la vida por delante para disfrutar de aquella lujosa mansión...

De repente, notó un extraño olor.

Arrugó la nariz. Aquel olor... Parecía hedor a muerto. Pero, claro, en la casa no había ningún cadáver.

El hedor se acentuó. Heoghill volvió la cabeza.

Un grito de terror brotó de sus labios. Con ojos espeluznados contempló la

alta figura que caminaba hacia él, con las manos extendidas. Retrocedió instintivamente, pero su espalda chocó contra la puerta.

Entonces, las manos alcanzaron su grueso cuello. Heoghill se debatió furiosamente, pero las manos no soltaban su presa. Parecían tener dedos de hierro.

Al cabo de unos minutos, dejó de ver y oír. Ya no era más que un cadáver.

* * *

El coche se detuvo en el cruce de caminos y su conductora contempló perpleja el poste indicador caído en el suelo. Algún conductor imprudente lo había derribado, no cabía la menor duda, alejándose después, sin molestarse en colocarlo de nuevo en su posición. Era ya de noche y no conocía muy bien el camino, por lo que temía perderse.

No era la primera vez que pasaba por allí, pero siempre lo había hecho en automóvil ajeno, concretamente, un taxi que había tomado en la cercana estación de Hampstell Court, y entonces no se había fijado demasiado bien en los detalles del camino, aparte de que su llegada se había realizado siempre de día. Ahora, con automóvil propio y de noche, las cosas cambiaban considerablemente.

De pronto, vio un sujeto que se disponía a cruzar la carretera.

—¡Eh, oiga! Buen hombre, ¿puede indicarme cuál es la ruta correcta para ir a Wilkeshire?

El hombre no sólo no contestó, sino que continuó su camino, absolutamente impasible, como si no hubiera oído nada. Alice, impaciente, saltó del coche y corrió hacia él.

—Por favor...

La muchacha le cortaba el camino, de tal modo que se dirigía para quedar situada frente a él. Entonces vio unos ojos muy abiertos, con la mirada perdida en un punto infinitamente lejos, un rostro terroso... y unos ropajes anticuados y que no se correspondían en absoluto con la época en que vivía.

Lo primero que pensó Alice fue que se trataba de un bromista. Luego percibió un hedor que le hizo sentir violentas náuseas. El asco la hizo retroceder unos pasos.

Durante unos segundos, se sintió mareada, incapaz de hacer otra cosa que no fuese mantener su estabilidad tanto física como psíquica. Al fin, consiguió reaccionar.

El desconocido se había perdido de vista. Un tanto intrigada, Alice regresó a su coche y lo puso nuevamente en marcha. Por fortuna para ella, tomó el camino correcto, lo que la hizo llegar a su destino pocos minutos más tarde.

* * *

El coche se detuvo frente a la casa. Percy Kallenby abrió la portezuela y saltó al suelo. Según el indicador, se encontraba en Grobbs Farm. Se preguntó

qué diría Alice de aquella visita sin previo aviso.

Un perro ladró en las inmediaciones. Percy oyó cacareo de gallinas y graznidos de patos. Unas palomas aletearon en las inmediaciones. En algún establo relinchó un caballo. La puerta de la casa se abrió de pronto. Percy contempló la más radiante visión que le hubiera sido dado imaginarse antes de su llegada: una atractiva muchacha, con un sombrero de paja, de ala ancha, adornado con una gran cinta azul, y con un ramo de flores en las manos.

—¡Alice! —exclamó.

La chica se sintió vivamente sorprendida al verle.

—¡Percy! ¿Cómo así...? Percy corrió hacia ella.

—Apuesto algo a que no me esperaba —sonrió—. He tenido bastante trabajo en las últimas semanas y no me ha sido posible...

De pronto, reparó en la expresión de tristeza que latía en el rostro de la muchacha.

—¿Sucede algo malo, Alice? —preguntó.

—A decir verdad, sucedió hace ocho días. Tía Elizabeth murió y yo me disponía ahora a llevarle estas flores a su tumba.

—Oh, cuánto lo siento... No sabía nada... Le ruego me disculpe...

—No tiene importancia, Percy. El j oven se apartó a un lado.

—Si quiere, la llevo en mi coche —invitó.

—Prefiero ir a pie. La distancia no es muy grande y, de este modo, hago algo de ejercicio.

—Entonces, iremos a pie —decidió Percy. Alice esforzó una sonrisa.

—Un cementerio no es un sitio demasiado atractivo...

—Oh, qué cosas dice —exclamó él—. Usted tenía mi dirección; debió haberme comunicado la noticia y yo hubiera acudido inmediatamente... Me considero buen amigo de usted, aunque sólo nos hayamos visto una vez.

—Gracias, Percy. La verdad es que se me ocurrió, pero temí tomarme demasiada confianza y por eso no dije nada.

—Espero que en lo sucesivo no vuelva a ocurrir... Claro que no siempre van a estar sucediéndole cosas poco agradables... Repito que me considero buen amigo suyo, Alice.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—La verdad es que tía Elizabeth tenía ya demasiados años —manifestó—. Y, al menos, la vi contenta por tenerme a su lado en los últimos momentos. A ella no le gustaba demasiado mi espíritu independiente..., claro que tenía otra educación, había vivido siempre en un ambiente muy distinto... En fin, lo que se suele llamar conflicto generacional. Había más de sesenta años de diferencia entre ambas y ya puede imaginarse lo que esto significa.

—Sí, claro. De todos modos, usted es joven y logrará superar este dolor. Por cierto, ¿qué piensa hacer?

—Bien, lo más probable es que me quede a residir aquí. Grobbs Farm es una excelente propiedad y produce lo suficiente para vivir con decoro. Claro que tendré que trabajar, pero eso es algo que no me asusta. Tengo ama de

llaves y un mozo de labranza, con lo que los problemas resultan mucho más fáciles de resolver.

—La vida del campo es muy sana —sonrió él. Miró de reojo a la muchacha. El color pálido había sido sustituido por un tono levemente tostado, que confería a Alice un encanto especial—. Y le sienta muy bien, a juzgar por lo que estoy viendo.

—Me encuentro muy a gusto, en efecto. Duermo ocho horas de un tirón, me levanto al amanecer, trabajo todo el día... Pero cuénteme algo de usted. ¿Cómo le van los asuntos?

—Viento en popa, sobre todo desde que no he vuelto a pisar aquella timba. Por cierto, está enterada del asesinato de Norrie Heoghill, supongo.

Alice asintió.

—Lo encontraron estrangulado en el camino que conduce a Shagmore Hall —dijo—. Fue asaltado por un desconocido, que le robó después..., pero no han podido dar con el criminal.

—Los tipos como Heoghill acaban así, de mala manera, tarde o temprano —filosofó él.

—Lo curioso del caso es que sucedió la noche en que yo llegué a Grobbs Farm. —Alice bajó la voz repentinamente—: Hay algo que no he dicho todavía a nadie, Percy —añadió con aire de misterio.

—¿Algo malo? —preguntó él, un tanto alarmado.

—Pues... no sé qué decirle... Pensé que no me creerían, por eso preferí guardar silencio... La verdad es que, aun ahora, dudo de lo que vi...

—Vamos, hable sin temor. Recuerde que tiene al lado a un verdadero amigo.

Alice le explicó el encuentro con el extraño desconocido, que despedía un insoportable hedor a muerte. Mencionó también su extraña expresión y añadió un detalle no menos intrigante:

—Lo más extraño de todo es que vestía ropas muy antiguas, del siglo XVIII... Llegué a pensar en un principio que iría, o volvía, de un baile de disfraces..., pero luego he llegado a saber que no se celebró en la comarca una fiesta semejante aquella noche. Pero, además, recordando lo que tía Elizabeth me había contado en más de una ocasión... Ah, ya estamos llegando al cementerio, Percy.

La conversación se suspendió momentáneamente. Percy siguió a la muchacha hasta una tumba, en la que ella depositó el ramo de flores. Percy se destocó respetuosamente y permaneció silencioso, mientras Alice musitaba una oración.

Al cabo de unos minutos, ella se volvió e hizo un ligero ademán.

—Venga, por favor —solicitó.

Percy la siguió. Ella le condujo hasta un panteón, que tenía todo el aspecto de un diminuto templo griego, cuyo frontón estaba sostenido por dos columnas de estilo dórico, que flanqueaban la verja de hierro que cerraba el acceso al interior.

Sobre el dintel de la entrada se leía una sola palabra: «THRESWIN».

—Es la tumba del hombre que hizo edificar Shagmore Hall —dijo Alice. Giró un poco la cabeza y añadió—: Mire, es aquella casa que se ve apenas entre los árboles, a media milla de distancia.

Percy divisó un tejado gris que asomaba entre los frondosos árboles de un parque que parecía bastante extenso.

—Parece una casa bastante grande —dijo.

—Lo es —confirmó ella—. Y contiene grandes riquezas, pero también, según tía Elizabeth, un terrible secreto.

Percy ocultó una sonrisa.

—Alguna historia de fantasmas... Un alma en pena que vaga por los corredores de la mansión, a medianoche...

—No anda usted tan descaminado —dijo Alice, muy seria—. Claro que está acostumbrado a tratar con hechos perfectamente lógicos y demostrables y que quizá por eso mismo se sienta escéptico ante otra clase de fenómenos que, por sobrenaturales, carecen de esa lógica explicación.

—Alice, los hechos de que yo trato se discuten ante los tribunales, generalmente. En cuanto a los otros hechos, si se me presentan pruebas irrefutables, no tengo el menor inconveniente en creer en ellos.

—Aún no he terminado —dijo la muchacha.

Alice caminó una veintena de pasos más y se detuvo ante una tumba, cubierta por una lápida absolutamente lisa, en la que sólo constaban el nombre del difunto y las fechas de su nacimiento y muerte.

—John Ferries —leyó Percy—. ¿Quién fue?

—Cirujano real y químico de notable reputación —contestó Alice—. Y según las leyendas que conocía mi tía y que habían ido corriendo de boca en boca, durante generaciones, hombre que conocía los secretos de la vida y de la muerte. Se decía, en su época, que el doctor Ferries era capaz de resucitar a los muertos.

Percy contuvo un respingo.

—Eso es imposible. ¿Hay algún testigo, mejor dicho, hubo algún testigo que presenciase una de esas maravillosas «resurrecciones»?

Alice se volvió y le miró fijamente.

—¿Por qué no me acompaña a casa? —sugirió—. Tomaremos el té juntos y se lo contaré todo. Si no tiene inconveniente, claro está.

—Acepto encantado —respondió él.

Era casi de noche, cuando Alice terminó su narración, que Percy había escuchado en completo silencio, sin interrumpirla una sola vez. El joven encontró que era un relato muy interesante, aunque con algunas lagunas que impedían explicar de forma suficiente algunos detalles que hubieran contribuido a dar mayor precisión al relato. Claro que, por otra parte, pensó, aquella historia no tenía una base escrita, sino que provenía de una tradición oral, transmitida de padres a hijos durante generaciones... y originada en una época en que la incultura y la superstición eran factores dominantes en el

ambiente en que vivían las sencillas gentes de aquel tiempo.

—Está muy bien —dijo—. Amena, interesante..., pero lo que importa ahora es su propia opinión, mucho más que la mía.

—¿Qué quiere decir, Percy?

—Es bien sencillo. ¿Cree usted la historia? ¿La ha tomado como algo real y verídico?

—Pues...

Alice no tuvo tiempo de hablar. El perro ladró fuera. En el mismo instante, sonó la campanilla de la entrada.

CAPITULO IV

El ama de llaves asomó por la puerta que daba a la cocina, pero Alice le hizo una seña con la mano y la mujer se retiró. Alice cruzó la estancia y abrió la puerta.

—Buenas tardes, señorita —dijo el hombre que había aparecido en el umbral—. Quizá la hora le parezca intempestiva para una visita de cumplido, pero lo cierto es que no me ha sido posible venir antes. Soy Richard Weston, propietario de Shagmore Hall. Hablo con miss Alice Dunghannon, supongo.

—En efecto, señor Weston —respondió la muchacha—. ¿Quiere pasar?

Weston hizo un leve gesto de aquiescencia y dio un paso. Entonces vio a otro hombre en el interior de la casa.

—Oh, dispénseme; no sabía que tuviera visita... Creo que he llegado en un momento inoportuno...

—No tiene importancia —sonrió la chica—. Señor Weston, le presento a un buen amigo, Percy Kallenby, abogado, de Londres. Percy, el señor Weston.

—¿Cómo está? —dijo el joven.

—Es un placer, señor Kallenby —contestó Weston. Se volvió hacia la dueña de la casa—: Señorita, en primer lugar debo pedirle mil disculpas por mi tardanza en visitarla y expresarle mi más sentido pésame por la muerte de su anciana tía Elizabeth. La conocía, aunque no llegué a tener apenas trato con ella, pero puedo asegurarle que lamenté profundamente su fallecimiento. Y, en segundo lugar, debo expresarle mi más sincero ofrecimiento, como vecino, para todo cuanto pueda necesitar o crea conveniente solicitar mi ayuda, que le concederé tan gustosa como incondicionalmente.

«Un discurso muy relamido y pedante», calificó Percy para sí.

—Le agradezco muy sinceramente sus palabras y su ofrecimiento, señor Weston —dijo Alice—, ¿Me permite invitarle a una taza de té?

Weston sonrió.

—No quiero seguir molestándola más —declaró—. Sólo he venido a hacer acto de presencia y... Disculpe la interrupción, señorita. Espero verla en otra ocasión, siempre que usted no tenga inconveniente.

—Ninguno, señor Weston.

—Muchísimas gracias. Señor Kallenby...

Percy estaba en pie y movió la cabeza ligeramente. El visitante estrechó la mano que le tendía Alice y se marchó.

Fuera, el perro ladró furiosamente. Alice estuvo unos momentos en la puerta. Percy la vio agitar una mano. Luego ella cerró y se volvió.

—Bien, ya ha conocido al descendiente del doctor Ferries —dijo.

—De modo que Weston es...

—Su madre era la última persona de la familia que llevó el apellido Ferries y que, lógicamente, perdió al casarse. El padre de la señora Weston, Thomas

Ferries, no tuvo descendiente varón y el apellido se perdió en su hija. Pero Richard Weston desciende en línea recta del nigromántico doctor Ferries.

—El hombre que había descubierto la fórmula para resucitar a los muertos, según la leyenda —dijo Percy—. Cuando llamó a la puerta, yo le había hecho a usted una pregunta. Aún no conozco la respuesta.

Alice dudó.

—En todo caso, debiera haberme formulado otra clase de pregunta —dijo pasados unos segundos.

—¿Por ejemplo?

—¿Qué utilidad tiene resucitar a una persona?

—Pues... —Percy se sintió cortado—. Bueno, si es una persona a la que se estima muchísimo y se desea verla viva nuevamente... Claro que entonces lo más cómodo sería evitar su muerte. Al menos, si yo poseyese la ciencia suficiente, dedicaría todos mis afanes a evitar la muerte, no a la resurrección de una persona después de su fallecimiento.

Alice sonrió.

—Creo que tiene razón. No, no creo demasiado en las leyendas, aunque nunca dejan de tener un fondo de realidad. Posiblemente, lo que hizo el antepasado de Weston fue conseguir que alguien reaccionase de un estado cataléptico, que pudo infundirle la apariencia de una verdadera muerte. Además, según la leyenda, ocurrió hace casi tres siglos y...

De pronto, se puso seria.

—No hago más que preguntarme quién sería aquel hombre misterioso con el que me crucé el primer día de mi llegada a Wilkeshire. Vestía ropajes de principios del siglo XVIII...

—Algún bromista, no le dé más vueltas, Alice —aconsejó Percy—, En este mundo no faltan los tipos chiflados y, en cuanto al hedor, no es difícil de conseguir con un par de huevos podridos. Claro que es tener mucho humor para aguantar esa peste, pero el que es aficionado a gastar bromas pesadas a sus semejantes, soporta eso y mucho más, con tal de divertirse, sobre todo si luego cuenta los resultados de su broma en una reunión de amigos. Repito que no debe hacer más caso de lo que vio.

—Seguiré su consejo —prometió la chica—. Percy, se ha hecho ya de noche. No irá a emprender ahora el regreso a Londres.

—Pues...

—Hay una habitación para los huéspedes —indicó ella con encantadora sonrisa—. Me sentiría muy contenta de tenerle como invitado.

Miró hacia la ventana.

—El tiempo se anuncia espléndido y los alrededores son preciosos —añadió, sugerente.

—Acepto encantado —contestó él, porque se daba cuenta de la singular atracción que Alice ejercía sobre su ánimo y la perspectiva de un largo paseo por el campo le seducía considerablemente.

* * *

Aunque se sentía algo impresionado por el lujo de la mansión, Tod Gillian procuró no dejarlo traslucir en el momento de entrevistarse con su dueño.

—Mi jefe vino aquí para quedarse con esta casa —declaró—. Ya no volvió a Londres y usted conoce los motivos.

Glacialmente, Weston respondió:

—Lo que sucedió al señor Heoghill después de haberse marchado de mi casa, no es cosa que lamente demasiado. Ciertamente, Heoghill me había concedido préstamos en diferentes ocasiones, con la garantía de esta casa, pero cancelé la deuda el día en que vino a verme y que, infortunadamente, resultó ser el último de su existencia.

—El cadáver apareció con los bolsillos vacíos...

—La policía emitió su informe sobre el crimen, señor Gillian.

—Yo estoy seguro...

—Si está seguro, ¿por qué no me acusa? Gillian masculló una interjección.

—Me gustaría ver los documentos de cancelación de la deuda —dijo.

—¿Tiene usted algún derecho para exigirme una cosa semejante? ¿Hizo el señor Heoghill algún testamento en el que aparezca usted como heredero universal de sus bienes?

—Pues no, pero...

—En tal caso, señor Gillian, mucho me temo que su visita resulte absolutamente infructuosa —atajó Weston, sin perder la flema—. Ahora bien, si sospecha de mí en lo más mínimo, vaya a la policía; estará en su derecho.

—Maldita sea —gruñó Gillian—. Sabe usted muy bien que no puedo hacerlo. Yo sólo quería saber...

—Ya sabe cuánto hay sobre el tema. —Weston sonrió—. La verdad, Heoghill se había hecho demasiadas ilusiones sobre Shagmore Hall. Se sintió muy frustrado cuando cancelé la deuda. Pero no tengo la culpa de que se encontrase con un ladrón después de abandonar esta casa. Probablemente, si no se hubiera resistido, aún estaría vivo. Lo que sucede es que el ladrón debió de sentirse furioso y lo estranguló, con lo que el señor Heoghill perdió, no sólo su dinero, sino la vida.

Gillian pensó que debía replegar velas. A fin de cuentas, se dijo, no iba a conseguir nada... y, dada la ausencia de testamento, y considerando su puesto en la organización, la casa de juego había pasado a su poder. Bien mirado, nada ni nadie iba a devolver la vida a su jefe y a estas alturas la lealtad a un muerto ya no tenía sentido.

—Lamento haberle molestado —dijo, conciliador—. Si usted asegura que canceló la deuda, acepto su palabra.

—Muchas gracias, amigo mío —sonrió Weston—. Por cierto, el casino sigue funcionando.

—Con más éxito que en vida del jefe, si cabe la expresión —respondió Gillian complacidamente.

—Tal vez dentro de poco le haga una visita. Llevo ya tiempo apartado de la vida mundanal y me conviene algo de distracción.

Gillian le guiñó un ojo.

—También tenemos otra clase de distracciones —dijo maliciosamente—. No tiene más que telefonearme previamente y...

—Lo haré muy pronto, con toda seguridad —declaró Weston.

* * *

El hombre estaba en pie, rígido, absolutamente inmóvil, vuelto de espaldas al dueño de la casa. Weston tenía en las manos un mazo de naipes y eligió uno al azar.

—Dime cuál es esta carta —pidió.

—El tres de corazones —replicó en el acto el hombre.

—Perfecto. Ahora, la siguiente...

—El ocho de trébol.

—Esta otra.

—La dama de «pique».

El juego siguió durante largo rato. Complacido, Weston advirtió que el hombre no había tenido un solo fallo. Todas las respuestas, absolutamente, habían sido de una rigurosa exactitud.

—Ahora, pasaremos al siguiente juego...

El sonido de la campanilla cortó las palabras de Weston. Adivinando que llegaba gente extraña, se levantó y caminó hacia la puerta.

—Sigue dónde estás y no te muevas —ordenó.

—Sí —contestó el hombre con su extraña voz, carente de tono. Weston tuvo una agradable sorpresa. La visitante era Alice.

—He creído conveniente pasar a agradecerle su ofrecimiento —manifestó la chica—. Y, si he de serle sincera también, me moría de curiosidad por conocer Shagmore Hall. He oído hablar tanto de las riquezas que hay en esta casa...

Weston, halagado, sonrió.

—Para mi será un placer servirle de cicerone —dijo—. Si le parece visitaremos primero la casa y luego tomaremos el té juntos. ¿Hace?

—Encantada.

Alice recorrió aquella maravillosa residencia que, dijo, parecía de cuento de hadas. Weston le enseñó todo, pero dejó una puerta sin abrir, cosa que la muchacha no dejó de observar, si bien se abstuvo de formular ninguna pregunta al respecto. Lo único que notó era que su anfitrión iba exageradamente perfumado. Era demasiado, pensó.

La velada resultó agradable. Poco después de las cinco, Alice manifestó sus deseos de retirarse.

—Si me permite, la acompañaré a su casa —se ofreció Weston.

—Encantada —aceptó ella.

—En tal caso, he de rogarle me dispense unos minutos, mientras me cambio de ropa.

—No faltaría más.

La muchacha quedó sola. Al cabo de unos momentos, se sintió acometida por una invencible curiosidad.

¿Qué había al otro lado de la puerta que Weston no había abierto?

Pisando de puntillas, se acercó, empuñó la manija de oro y abrió. Era un gabinete íntimo, en el cual había un hombre de pie, vuelto de espaldas a la puerta.

—Dispense —murmuró Alice.

En el mismo instante, notó un olor indefinible, muy tenue, sin embargo..., pero semejante en un todo al que había percibido semanas antes. Entonces se dio cuenta de una cosa.

El hombre estaba situado frente a un gran espejo, con marco de cornucopia de oro. Dada la posición de ambos, Alice podía verle la cara perfectamente.

Alice sufrió una terrible sacudida. Aquel rostro...

Sólo lo había visto en una ocasión, pero tenía la absoluta seguridad de que lo recordaría mientras viviese. Al mirarle a través del espejo, se dio cuenta de que los ojos del sujeto parecían carentes de vida.

El hedor, el rostro...

Alice cerró la puerta. Rogó para que Weston no advirtiese la intensa turbación que se había apoderado de su ánimo. ¿Qué hacía aquel hombre en Shagmore Hall? ¿Quién era?

Weston apareció un minuto más tarde.

—A su disposición, señorita Dunghannon —dijo afablemente,

Salieron al vestíbulo. Entonces, ella se fijó en un cuadro, en el que había un personaje retratado en tamaño natural. A su llegada, un tanto nerviosa, debido a que ignoraba cómo sería acogida, el cuadro le había pasado desapercibido.

Pero ahora podía contemplarlo con más tranquilidad, pese al incidente de unos minutos antes. Alice tuvo una enorme dificultad en dominar sus nervios.

—Es el retrato de Lord Edgard Threswin, tercer conde de Shagmore y último dueño de Shagmore Hall —explicó Weston—. Murió a principios del siglo XVIII y la propiedad pasó a poder de uno de mis antepasados, John Ferries, cirujano real.

Alice asintió. El rostro y los ropajes que vestía el personaje retratado eran los mismos que había visto la noche de su llegada a Wilkeshire. Pero ahora aquel personaje estaba vivo y vestía con prendas enteramente actuales; ella acababa de verlo.

¿O se trataba de un maniquí?

Esforzándose por dominar su aturdimiento, logró sonreír y dijo:

—Un retrato muy bien conseguido, señor Weston.

CAPITULO V

El hombre jugaba con una seguridad sorprendente. Era rara la vez en que fallaba una puesta. Las fichas se acumulaban en su sitio. Los asistentes empezaban a congregarse en torno a la mesa en que se hallaba aquel jugador de rostro impenetrable, que apenas despegaba los labios y que parecía tener un sexto sentido para adivinar el lugar en que iba a quedar la bola de la ruleta.

Al despacho de Gillian empezaron a llegar malas noticias. El puesto de Alice había sido ocupado por una hermosa joven, llamada Dolly Ratham, con bastantes menos escrúpulos que su antecesora. Gillian ordenó que se le enviase un mensaje disimulado. Era preciso que el afortunado jugador perdiese la mayor parte de lo conseguido, aunque dejándole un par de cientos de libras, para evitar sospechas.

El mensajero transmitió la orden. Un cuarto de hora más tarde, Dolly hizo una señal disimulada.

La cosa no funcionaba. No había manera de derrotar al afortunado individuo del rostro impenetrable. La bola de la ruleta se detenía invariablemente en el número o en la casilla a que había apostado el desconocido.

Cada vez que el sujeto acertaba una puesta, se oía un penetrante murmullo de comentarios hechos por los espectadores. Lo peor para Gillian era que había bastantes clientes que quedan compartir la buena suerte del desconocido y apostaban con él.

El último mensaje fue realmente alarmante:

—¡La banca está a punto de saltar! El que saltó, desde luego, fue Gillian:

—¿Cuánto gana ya? —preguntó al mensajero.

—Casi cuarenta mil...

Gillian estuvo a punto de desmayarse. Sin embargo, no tardó mucho en encontrar la solución.

—¿Está Ride por ahí? Búscalo, quiero darle instrucciones.

—Sí, señor.

Minutos más tarde, se oyó en la sala un «Oh» estruendoso. El jugador acababa de acertar un pleno que le reportaba casi diez mil libras.

Entonces, aquel reposado personaje, cuyo rostro no se había turbado en un sentido u otro durante toda la velada, se puso en pie, arrojó un par de fichas al centro de la mesa, como propina para los croupiers y llamó a un camarero para que le llevase sus ganancias a la caja.

Gillian conocía ya la noticia. No obstante, confiaba en Ride. Tendría que darle quinientas libras..., pero entre perder quinientas o cincuenta mil, la cosa no ofrecía dudas. El cajero contó escrupulosamente las fichas y dio a cambio un sustancioso fajo de billetes emitidos por el Banco de Inglaterra, que el desconocido guardó sin la menor afectación en uno de sus bolsillos. De pronto, se le acercó un individuo.

—Caballero...

El hombre se volvió lentamente.

—¿Sí?

—Tenga la bondad de seguirme... Deseo hacerle una pregunta...

Stubby Ride era un sujeto de unos treinta y cinco años, bajo, de rostro de garduña y ojos negros y redondos. Ride hacía cualquier cosa por dinero..., incluyendo el asesinato, si se lo pagaban bien.

Ride y el desconocido se apartaron unos pasos.

—Le voy a decir una cosa, señor. Luego, usted haga lo que quiera..., pero he sorprendido una conversación entre dos individuos... Piensan despojarle cuando salga usted de aquí... Soy el ayudante personal del propietario y a éste no le agrada que se produzcan ciertos hechos que luego van en detrimento de nuestra fama. Si tiene la bondad de acompañarme, caballero, yo le haré salir por otra puerta. Ya he avisado a un taxi para que lo conduzca a donde usted indique...

El desconocido no contestó, limitándose a asentir con leves gestos de cabeza. Ride lo condujo a través de los salones, hasta llegar a una puerta situada en un rincón discreto, que abrió de inmediato.

—Por aquí, caballero.

La puerta conducía a un cuarto donde se guardaban repuestos y enseres de la casa de juego. Al otro lado, había una segunda puerta que daba a una escalera angosta y muy empinada.

—Sígame, por favor.

Los dos hombres descendieron hasta el piso inferior. Aún había una tercera puerta y daba a un callejón. Ride abrió un instante, vio que no había nadie y movió la mano.

—El coche espera —dijo.

Salió fuera y tras él, el jugador. De pronto, Ride sacó una navaja con hoja de veinte centímetros y, sin mediar palabra, la clavó hasta la empuñadura en el pecho del hombre.

El desconocido se movió ligeramente, muy poco. Ride emitió un gruñido al ver que su víctima permanecía en pie.

—No tienes bastante, ¿eh? —gruñó.

Y repitió el golpe, pero tampoco pasó nada. Ride podía ver claramente la blanca pechera de la camisa del desconocido y las dos hendiduras de las puñaladas asestadas, ¡de las que no brotaba una sola gota de sangre!

Entonces, el desconocido alzó el brazo derecho y lo movió horizontalmente de revés. Ride creyó que algo le explotaba en la boca y en la mandíbula y saltó hacia atrás, con indescriptible violencia. Su cabeza chacó contra la pared y perdió el conocimiento.

El desconocido echó a andar. Un poco más adelante, un hombre salió a su encuentro.

—Ven —ordenó.

Momentos después, los dos hombres estaban sentados en la parte delantera

de un automóvil. El jugador dijo:

—Estoy muy cansado.

—Es lógico. Anda, duerme..., duerme...

El coche arrancó sin hacer ruido apenas. Mucho más tarde, alguien encontró a Stubby Ride en el callejón, sin conocimiento y con la mandíbula fracturada. Cuando Gillian conoció la noticia, estuvo a punto de sufrir un ataque de apoplejía.

Aquella madrugada, Alice Dunghannon fue despertada por los furiosos ladridos de su perro. En un principio, Alice creyó que la granja era asaltada por algún ladrón, pero no tardó en convencerse de que no existía el menor peligro de robo.

Luego los ladridos se convirtieron en un lamentoso ulular, que duró casi hasta la llegada de la luz del día.

* * *

Aunque Percy Kallenby había hecho voto de no volver a pisar más el casino, las circunstancias le hicieron cambiar de opinión. Su amigo, el que ya le había hecho ir en cierta ocasión, insistió tanto, que no tuvo otro remedio que acompañarle. Percy cedió, prometiéndose a sí mismo no arriesgar un penique en toda la velada.

Al cabo de un rato de su estancia en el casino, Percy, no obstante sus autopromesas, sintió la tentación de acercarse a la ruleta. El puesto de Alice estaba ocupado por una rubia de grandes atractivos, el menor de los cuales no era precisamente un bien formado escote. Durante un buen rato, Percy estuvo observando la marcha del juego.

En la ruleta seguía habiendo trampa. Percy sonrió para sí. Cuando hubo un hueco, se situó al borde de la mesa. Sacó un cigarrillo y el encendedor. Este se le cayó de pronto al suelo y se agachó para recogerlo. En el mismo instante, el pie derecho de la rubia presionaba discretamente una de las tablas del brillante entarimado.

Percy se irguió de nuevo. Al cabo de unos minutos, la rubia pidió la sustitución y se levantó, para ir al tocador. Percy la siguió discretamente.

Cuando la rubia salió, Percy dejó caer el encendedor nuevamente, ahora en el camino de aquellas piernas tan bonitas. La muchacha se detuvo un instante. Percy se enderezó sonriendo, con el encendedor dando saltos en su mano derecha.

—Voy a cambiar unas cuantas fichas —anunció—. Fíjese bien dónde juego el dinero y no se le ocurra pisar el freno de la ruleta, o habrá un escándalo de los gordos, ¿entendido?

La rubia palideció.

—Yo no sé nada...

—No trate de engañarme. Ya he estado aquí una vez y sé lo que pasa. Me llamo Percy

—añadió el joven, con brillante sonrisa. La chica vaciló.

—Oiga, a mí me lo ordenan...

—Haga lo que le digo —atajó Percy fríamente.

El amigo de Percy estaba muy ocupado con una morena de cuerpo exuberante y risa fácil. Percy sabía que ya no necesitaba ocuparse de él y acudió a la mesa de ruleta. Prudente, sin embargo, no quiso arriesgar demasiado y se limitó a ganar trescientas libras.

De cuando en cuando, Dolly Ratham cambiaba una rápida mirada con el joven. Percy, finalmente, dio a entender que ya tenía bastante. Dolly se sintió muy aliviada.

La velada empezó a languidecer. Los clientes desfilaban ya. Percy se dirigió hacia la salida.

Treinta minutos más tarde, Dolly, envuelta en un abrigo con cuello de piel, hizo su aparición en la puerta del casino. Percy hizo destellar los faros de su coche.

—¿Puedo llevarte a casa? —consultó. Dolly le miró sonriendo.

—¿Cómo diablos sabías que había trampa? —preguntó.

Percy se echó a reír. Atravesó el cuerpo, abrió la portezuela del lado izquierdo y se enderezó de nuevo, para dar el contacto.

—No tienes compromiso —dijo.

—Hoy, no. Mañana...

—Entonces, tú eliges.

—¿Qué es lo que debo elegir?

—El lugar donde vamos a tomar una copa a solas: en tu apartamento o en el mío. Dolly soltó una risita.

—El mío, si no hay inconveniente —respondió.

—Al contrario, será un placer —accedió Percy.

* * *

Amanecía ya. Percy hundió su rostro en los cálidos senos de la rubia. Dolly emitió un hondo suspiro.

—Eres terrible—dijo.

—La culpa es tuya, por ser tan hermosa —contestó el joven, mientras sus labios pellizcaban suavemente el rosado vértice del seno izquierdo—. El hombre que no es terrible con una mujer tan guapa como tú, no merece ser llamado hombre*..

De pronto, se sentó en la cama.

—Dolly, ¿te obligan a hacer trampa? —preguntó. Ella le miró fijamente.

—Demasiado lo sabes —respondió.

—¿Qué sucedería si te negases?

—¿Crees que puedo negarme? Y, sin embargo, hace algunas semanas, tres o cuatro, un jugador se llevó casi cincuenta mil libras. Me costó un verdadero disgusto; Gillian quería matarme..., pero al día siguiente, le probé que el freno

se había atascado. No me preguntes cómo fue; sucedió, eso es todo.

—Podía haber ocurrido anoche —sonrió Percy.

—Imposible. Gillian ha tomado ya las medidas para que no vuelva a suceder. Aquel hombre...

Dolly se estremeció.

—Parecía un muerto que se mantuviese en pie... —bajó la voz—. Ride contó luego algo horrible, pero nadie le creyó...

—Sin duda era un jugador que se había arruinado, se suicidó y luego salió de su tumba para tomarse el desquite —dijo Percy alegremente.

—No lo sé... Francamente, soy mujer que no cree en fantasmas ni historias de aparecidos... Sé que Ride dijo que aquel hombre no tenía sangre en las venas... Le dio dos puñaladas y siguió vivo... y, además, le rompió la mandíbula de un golpe...

Percy alargó los brazos y encerró en ellos el temeroso cuerpo de la rubia.

—No irás a pensar que Ride dijo la verdad, ¿eh? Dolly sintió un nuevo escalofrío.

—Aquellos ojos... ¿Por qué no funcionó el freno? ¿Por qué adivinaba, vez tras vez, dónde se iba a detener la bolita? Puede que me creas loca..., pero para mí, aquel hombre tenía facultades sobrenaturales...

—¿Sabes cómo se llamaba?

—No, ni me importa... Tenía la cara muy pálida, absolutamente sin color... Si lo vieras, dirías lo mismo que yo...

Percy se sintió intrigado por aquella historia. No cabía sospechar de una posible complicidad de Dolly con el desconocido. Cincuenta mil libras eran mucho dinero y Gillian no hubiese permitido que un cliente se llevase una suma semejante. En realidad, había tratado de impedirlo, pero sin éxito.

—Dolly, voy a pedirte un favor —exclamó de repente.

—Sí, Percy...

—Te dejaré mi dirección y mi teléfono. Si ese tipo acudiese de nuevo al casino, procura avisarme. ¿Lo harás?

—Sí, te lo prometo.

—Entonces, no te preocupes más de él. ¿Por qué no te concentras un poco más en el hombre que tienes al lado?

Dolly sonrió ardientemente.

—Tú sí que estás vivo —suspiró.

CAPITULO VI

«Rock», el perro, ladró furiosamente. Alice miró a través de los visillos de la ventana. Se preguntó por qué el can sentía tanta antipatía hacia el visitante. Ella, en cambio, no podía demostrarlo. Richard Weston no le agradaba en absoluto, pero creía un deber de Cortesía recibirle cada vez que se acercaba a la granja.

A fin de evitarse un compromiso, Alice ató al perro. Luego recibió amablemente a Weston y hasta le invitó a tomar el té. En el transcurso de la conversación, Weston se quejó de uno de sus vecinos, Andy Lamargh.

—¿Qué le sucede? —inquirió la muchacha.

—Me debe cierta suma y, aunque asegura que no puede, yo estoy por asegurar que no quiere. La verdad, entre ambos sólo hay un documento privado, que no tiene fuerza legal... Lamargh posee en cambio un trozo de tierra que a mí me vendría muy bien para redondear mi propiedad...

—La palabra redondear no es exacta, porque lo que sucedería, en realidad, es que los nuevos límites de Shagmore Hall vendrían a formar un rectángulo de lados casi iguales. Pero así usted me entiende mejor, creo.

—Por supuesto —asintió la muchacha—. Ahora bien, no entiendo por qué necesita usted más tierras. No las cultiva..., no tiene caballos de carreras...

—Es exactamente lo que pretendo hacer y usted lo ha adivinado. Quiero adquirir un par de caballos de carreras y dedicarme a la profesión. Pero necesito ese trozo de terreno, que Lamargh no quiere cederme... En fin, no voy a molestarla más con mis problemas. Gracias por el té, Alice.

—A usted por su visita —respondió la muchacha.

Alice quedó junto a la ventana, contemplando la alta silueta del hombre, que se alejaba con paso mesurado por el camino que conducía a Shagmore Hall. ¿Seguía en su casa aquel hombre tan parecido a Lord Edgard Threswin?

De pronto se acordó de Percy. ¿Cuánto tiempo llevaba sin noticias de aquel agradable joven?

Una hora más tarde, Richard Weston entraba en la taberna del pueblo, en la que sabía encontraría sin falta a Andy Lamargh. Efectivamente, el individuo estaba allí, con unos amigos, jugándose las jarras de cerveza a los dardos.

Lamargh vio a Weston y su boca se torció en una mueca de desagrado. Weston se acercó al mostrador, pidió un doble de whisky y se recostó indolentemente. Mientras bebía a pequeños sorbitos, tenía la mirada insistentemente fija en su deudor. Lamargh empezó a ponerse nervioso.

Al cabo de un rato, Lamargh se acercó al mostrador.

—Si ha venido a pedirme el dinero, pierde el tiempo —dijo con hosco acento.

—Debí habérmelo pensado mejor el día en que vino a pedirme ese préstamo —contestó Weston sin inmutarse—. En fin, cambio la deuda por los

terrenos que hay al norte de Shagmore Hall.

—No.

—Piénselo bien, Andy.

—Ya lo he pensado. No quiero vender. Cuando pueda, le pagaré. Recuerde que no puede exigirme el pago de la deuda.

Weston sonrió de una manera extraña.

—Andy, yo estoy muy bien enterado de la vida de la gente de Wilkeshire. ¿Le gustaría que alguien dijera a su mujer las cosas que pasan entre usted y la viuda Frisby?

La cara de Lamargh se puso del color de la langosta cocida.

—Eso no le importa a usted... Weston apuró el resto de su vaso.

—Andy, le doy una semana —cortó heladamente—. El dinero o las tierras. Elija... o la señora Lamargh y la señora Frisby empezarán a tirarse de los pelos en medio de la calle Mayor.

Una moneda tintineó al rebotar sobre el mostrador. Weston se marchó tranquilamente, mientras Lamargh le miraba con expresión de odio infinito, maldiciendo la hora en que se le había ocurrido pedir un préstamo al dueño de Shagmore Hall. De pronto, pensó que tal vez había una solución para salir del apuro.

Sí, podía dar resultado, se dijo. Sólo había que estudiar bien el asunto y...

* * *

Percy leyó la carta que acababa de recibir y se dijo que, efectivamente, su comportamiento con Alice en los últimos meses había dejado bastante que desear. Tendría que ir a visitarla el próximo fin de semana...

La carta contenía algunos datos, que le hicieron reflexionar profundamente. Tras largas meditaciones, Percy acabó por levantar el teléfono.

Dolly Ratham le dio el dato que necesitaba. Aquella misma tarde, Percy llamaba a una puerta determinada.

El hombre que abrió, segundos después, estaba ataviándose para salir a la calle. En mangas de camisa, con corbata de lazo negro y tirantes del mismo color, Stubby Ride miró con ojos inquisitivos al visitante.

—Me llamo Percy Kallenby —dijo el joven—. Usted es Ride.

—Sí...

—Deseo hablar unos minutos con usted.

Ride vaciló. Percy se dio cuenta de que la mandíbula de Ride ofrecía aún señales del fenomenal golpe recibido seis semanas antes.

—Pase —dijo Ride al cabo.

—Antes de seguir adelante —manifestó Percy, una vez dentro del apartamento—debo hacerle una advertencia. No usaré nada de lo que me diga en ningún tribunal. Sus respuestas serán absolutamente confidenciales y lo que aquí se diga, quedará estrictamente entre los dos. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor. No tengo nada que ocultar...

—Salvo el asalto a un tipo que, hace seis semanas, ganó cincuenta mil libras esterlinas. Ride se puso pálido.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó.

Percy sonrió.

—No se preocupe. Repito que no tiene que temer nada de mí. Simplemente, quiero que me confirme lo que he oído en... bueno, no importa dónde. Pero deseo oírlo de sus labios.

—Maldita sea... —Ride añadió otra interjección, aún más gruesa—. Sí, el jefe me encargó que le... Bueno, usted sabe lo que pasa... Aquel tipo había hecho saltar la banca o poco menos...

—Y usted tenía la misión de evitar que se llevase el dinero.

—Como se marchó vivo, nadie puede acusarme —dijo Ride—. Le pegué dos puñaladas. Oiga, aquel tipo tenía que haber muerto..., y no soltó una sola gota de sangre...

—Tal vez llevaba un chaleco protector. Ride se echó a reír.

—Sé muy bien lo que se siente en la mano cuando la navaja penetra a fondo en la carne —contestó cínicamente—. Se la clavé hasta el mango, por dos veces y, por lo más sagrado, juro que no soltó una sola gota de sangre. Oiga, ese tipo, ¿es un faquir o algo por el estilo?

—Puede —contestó el joven.

—Tenía una fuerza espantosa. Sólo me dio un golpe, de revés, y me partió la mandíbula... —Ride se encogió de hombros—, Gillian perdió cincuenta mil libras, es cierto, pero yo tuve que pasarme cuatro semanas en el hospital y nadie me pagó...

—¿Sigue trabajando en el casino?

—No, ya lo he dejado. No quiero más tratos con ese hijo de puta de Gillian. Ni siquiera fue capaz de pagarme los gastos del hospital..., y yo no tuve la culpa de que el tipo se le llevase cincuenta mil libras, ¿me entiende?

—Perfectamente. Ha sido usted muy amable, señor Ride.

Percy abandonó la casa. Tras unos segundos de vacilación, decidió tomar el camino del casino. Una vez en él, pidió hablar con Gillian.

El sujeto le recibió en su despacho.

—A usted lo conozco yo —dijo. Percy sonrió.

—Hace casi un año, tuve el honor de propinarle dos buenos puñetazos —dijo—. Por lo visto, la norma de la casa es no permitir las ganancias excesivas a los clientes.

Gillian maldijo entre dientes.

—A la gente le estorba el dinero en los bolsillos —respondió—. La culpa no es mía.

—No, tampoco usted es el inventor del freno en la ruleta —dijo Percy apaciblemente—. Pero tengo entendido que hace seis semanas, ese freno se atascó. Y usted perdió cincuenta mil libras.

—No sé lo que sucedería... Aquel sujeto parecía adivinar el lugar donde

iba a caer la bola... Fue un golpe muy duro, se lo aseguro.

—Le creo —contestó el joven—. ¿Conocía usted a ese jugador?

—No, nunca lo había visto y tampoco sé su nombre, porque no despegó prácticamente los labios en toda la noche. Oiga, ¿por qué le interesa a usted tanto ese sujeto?

Percy sonrió.

—Si quiere que le diga la verdad, ni yo mismo lo sé con toda exactitud —contestó—. De todos modos, muchas gracias, señor Gillian.

—De nada, abogado. Ah, si quiere arriesgar unas cuantas libras... Gillian sonreía de un modo particular. Percy hizo un gesto negativo.

—No, gracias, hoy no me siento en vena —contestó.

La propuesta de Gillian era fácilmente inteligible. Le dejaría ganar unos cientos, a cambio de un silencio cómplice. El panorama no le atraía particularmente; no sentía el menor interés por ser considerado un habitual de aquella timba.

Cuando ponía la mano en el pomo de la puerta, Gillian le llamó:

—Aguarde un momento —pidió—. Acabo de recordar algo...

—¿Sí?

—Ese tipo... Vino acompañado de alguien a quien yo conozco muy bien. Richard Weston. Es un sujeto adinerado, vive en Wilkeshire, Shagmore Hall...

—¡Oh! ¿Qué más?

—Quizá coincidieron al entrar, no estoy seguro. Permanecieron juntos muy poco tiempo, no más de un cuarto de hora, y puede que exagere. Luego Weston se marchó y ya no he vuelto a verle. Pensé que este dato podría resultarle útil.

—Gracias, señor Gillian.

Al salir del despacho, Percy se detuvo unos segundos ante la mesa de ruleta. Dolly le hizo una seña disimulada. Percy, por el mismo método, le dijo que no iba a quedarse.

Aquella noche quería acostarse pronto. Para el siguiente día, sábado, había planeado una visita a Grobbs Farm. Sentía vivos deseos de ver nuevamente a su hermosa dueña.

* * *

Andy Lamargh se incorporó y empezó a subirse los pantalones. En la penumbra del pajar, las piernas de Edith Frisby destacaban con claridad, revelándose con mórbidos contornos sobre el tono más oscuro del heno. La viuda Frisby suspiraba todavía.

—Anda, levántate—dijo él.

Edith se sentó primero, para retocarse un poco el pelo. Luego se arregló las faldas.

—Ha estado muy bien —sonrió.

—Tú estás muy bien —contestó él, mientras acariciaba lascivamente uno de los grandes pechos de la viuda.

—Lo hago mejor que tu esposa, ¿verdad?

—Pareces una lagartija, meneándote... —Lamargh la mordisqueó en el cuello—. Lástima que no podamos seguir la fiesta.

—Hay más días, hombre —contestó ella—. Yo me iré antes, Andy.

—Muy bien. ¿Cuándo?

—La semana próxima.

—De acuerdo.

Edith Frisby se marchó. Lamargh quedó en el pajar, fumando un cigarrillo apaciblemente, mientras pensaba en su esposa, aquella mujer gruñona y destemplada, tan acogedora en el lecho como un manojo de ortigas. A veces, Lamargh sentía vivos deseos de estrangularla. ¿No habría forma de deshacerse de aquel estorbo?, pensó. La vida con Edith, sería tan distinta...

De pronto, percibió un olor extraño, nada agradable. Le pareció como si alguien acabase de desenterrar un perro muerto hacía mucho tiempo...

Volvió la cabeza. Contra el fondo rojo del ocaso, divisó la alta silueta de un corpulento individuo que avanzaba lentamente hacia él.

—Eh, oiga, ¿qué le pasa? —preguntó.

El hombre no contestó. Siguió avanzando.

Lamargh se sintió invadido por un vago terror. Aquel sujeto olía horriblemente... Olía a muerto...

Un puño cerrado se abatió súbitamente sobre su cráneo. Lamargh perdió el conocimiento instantáneamente.

Había cuerdas de sobra en el pajar. Las vigas del techo, aunque viejas, eran resistentes. No muy lejos de aquel lugar, «Rock», el perro de Alice, se puso a ladrar repentinamente.

CAPITULO VII

Terminaba de dar de comer a las gallinas, cuando oyó la bocina del coche que se había detenido frente a la entrada de la granja. Alice volvió la cabeza. «Rock» echó a correr hacia el recién llegado.

—Me ha tomado mucho afecto —dijo Percy momentos más tarde, mientras acariciaba la cabeza del can.

—Es que usted se le ha hecho simpático —contestó la muchacha sonriendo —. Me alegro de verle, Percy.

—El sentimiento es recíproco, Alice. Oiga, ¿sabe que la vida del campo le sienta maravillosamente?

—No me diga. He engordado...

—Mujer, no sea exagerada. Cuando la conocí, parecía un fideo.

—Ah, le gustan las llenitas.

—Las chicas huesudas sólo están bien para lucir modelos de alta costura —respondió Percy alegremente—. De veras, envidio esta vida.

—No irá a decirme ahora que le gustaría convertirse en granjero. Si yo estoy aquí, es casi por necesidad, bien lo sabe.

—Pero no a disgusto, desde luego.

—Eso no, de ninguna manera. Percy, ¿quiere entrar en casa?

—Con mucho gusto.

Percy contempló furtivamente a la muchacha. Sí, Alice había perdido la palidez y su cuerpo, al ganar unos cuantos kilos, había adquirido unos contornos infinitamente más atractivos. La tersura de la piel de su cara no se había alterado por la vida al aire libre, sino que, al tostarse levemente, la hacía adquirir un aire mucho más saludable, lo que la confería un encanto y una frescura sumamente agradables a la vista.

—Se quedará a pasar la noche —dijo ella, después de servirle una copa de whisky.

—Si no tiene inconveniente...

—Al contrario. Recibió mi carta, supongo,

—Sí, Alice.

—¿Y...?

—He hecho algunas averiguaciones. Son cosas muy extrañas, de difícil explicación. Al menos, bajo un punto de vista lógico.

Ella hizo un gesto con la cabeza.

—Las cosas sobrenaturales nunca tienen una explicación lógica — respondió sentenciosamente.

—Eso es muy cierto. Sin embargo, resulta tan difícil de creer... Usted dice que vio al hombre...

—Sí, Percy.

—¿Cree en la leyenda?

Alice caminó hacia la ventana.

—Tía Elizabeth sí creía —respondió.

—¿Habló con ella del asunto?

—Más de una vez. Claro que entonces lo achaqué a... su natural credulidad, al ambiente...

—Estamos en 1978. Han pasado dos siglos y tres cuartos.

—Lo sé. Pero creo en la leyenda.

—Muy bien —dijo Percy—. Admitamos que es cierto. ¿Qué objeto tendría una cosa así?

—Lo ignoro. No se me ocurre ningún motivo. Quizá él disfruta de un modo particular, sintiéndose una especie de señor de la vida y de la muerte. Lo único que puedo decirle es que me siento muy aprensiva cada vez que lo veo.

Percy meditó unos instantes.

—Alice, quiero hacerle una proposición —dijo al cabo.

—Sí, Percy.

—¿Se atrevería a ir esta noche al cementerio? La muchacha sintió un escalofrío.

—¿Cree que debemos...?

—Debemos intentarlo —dijo él firmemente.

—Muy bien, iremos.

—Y entonces comprobaremos una cosa que me contaron en Londres anoche. Además, si resulta ser cierto, comprenderemos los motivos de Weston.

—¿Los conoce usted?

—Esos motivos se llaman cincuenta mil libras esterlinas, Alice.

—Pero... ¡si es inmensamente rico!

—¿Cómo lo sabe usted?

—Hombre, Shagmore Hall está lleno de objetos de inmenso valor artístico. Y él no ha vendido jamás una sola silla de época. No necesita el dinero...

—Eso es lo que no sabemos con absoluta seguridad, Alice.

—Sí, puede que tenga razón —admitió ella.

De repente, se oyó a lo lejos un singular alboroto.

Alice levantó el bastidor de la ventana. «Rock» empezó a ladrar.

—¿Qué pasa? —preguntó el joven.

—No lo sé. Veo allí gente...

Percy se acercó también. Por el camino que pasaba junto a la valla, se veía un numeroso grupo de personas, que corrían sumamente excitadas. Alice abandonó la ventana.

—Voy a ver qué sucede —manifestó.

Percy, discreto, aguardó en la casa. A los pocos momentos, vio venir de nuevo a la muchacha.

—Andy Lamargh —dijo Alice—. Lo han encontrado colgado de una viga, en el henil de la viuda Frisby. Parece un suicidio. Por lo visto, faltaba de su casa desde ayer por la tarde y ahora han encontrado el cadáver.

—Un suceso lamentable —calificó Percy.

De pronto, vio que la muchacha parecía muy preocupada.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—Hace días estuvo Weston a visitarme y comentó ciertos problemas que tenía con el difunto Lamargh. Por lo visto, quería comprarle unos terrenos que Lamargh poseía, lindantes con Shagmore Hall...

—Y Lamargh no quería vender.

—Eso pude deducir. Pero ahora está muerto.

—No hay que sospechar de Weston, Alice.

—No, pero...

A lo lejos sonó un agudo alarido. Minutos después, vieron pasar a unos cuantos vecinos que llevaban en brazos a la señora Lamargh, desmayada después de ver a su esposo colgado de una viga.

—Pobre mujer —comentó la muchacha—. Aunque quizá haya otra persona que lamente más el suicidio de Andy.

—¿Quién, Alice?

Ella sonrió maliciosamente.

—Era del dominio público —contestó—. Lamargh y la viuda Frisby eran amantes.

—Entonces, no se preocupe. Por lo poco que sé de estos asuntos, la viuda Frisby no tardará en encontrar quien la consuele —aseguró Percy.

* * *

Después de cenar, Alice se puso un chaquetón con cuello de piel. Percy había ido preparado para una estancia en el campo y vestía asimismo ropajes cómodos. El joven cogió la linterna de su coche. «Rock» gruñó sordamente al verlos partir. Alice no había querido llevarlo consigo, a fin de evitarse compromisos.

Caminaron a buen paso. El cementerio, por otra parte, no estaba demasiado lejos y llegaron en quince minutos. Por el cielo corrían unas nubes, que ocultaban de cuando en cuando el satélite a punto de alcanzar su fase de luna llena.

El panteón de los Threswin destacaba en negro, erigiéndose en la cima de la pequeña eminencia en la que se hallaba el cementerio, como si fuese el castillo que señoreaba a los muertos. Al día siguiente, pensó Percy, habría un inquilino más en aquel tétrico paraje. El joven se detuvo frente a la verja. Con gran cuidado, examinó la cerradura. Estaba limpia y con ciertas señales de un brillo extraño en algunos puntos.

—Aceite —murmuró.

—Eso significa que esta verja se abre con alguna frecuencia —dijo Alice.

—¿Cuánto tiempo hace que se enterró aquí a una persona? Alice hizo un gesto vago. No tenía la menor idea.

—Pero no podremos entrar —dijo.

Percy se arrodilló para examinar mejor la cerradura. De pronto, metió la mano en el bolsillo y sacó un objeto que había llevado consigo.

—¿Qué es eso? —preguntó Alice, intrigada.

—Una ganzúa.

—Oh, ha venido preparado...

—Tenía que hacerlo, ¿no le parece?

Al cabo de varios intentos, la cerradura cedió, sin ruido. Percy hizo girar una de las hojas de la cancela. No hubo el menor chirrido. Las bisagras estaban también aceitadas recientemente.

Alice se estremeció. Percy dio un par de pasos, alumbrándose con la linterna, y descendió los cuatro escalones que conducían al suelo del panteón.

En el centro, sobre un túmulo, un bloque de granito de una sola pieza, se divisaba la sepultura de Lord Edgard Threswin, un pesado sarcófago de piedra, con el nombre de su ocupante grabado en la tapa. Percy meneó la cabeza.

—Es demasiado pesada —dijo.

—Entonces, si lo que pensamos es cierto, ¿cómo entra y sale? —exclamó la muchacha. Percy miró hacia el techo. La luz de la lámpara iluminó unas superficies absolutamente lisas. No, no había una polea, con cadenas, para elevar aquella pesada tapa, tal como había supuesto en un principio. Y no bastaría con una palanca de hierro, porque, aun cuando consiguieran apartarla a un lado, ¿cómo volverla a poner luego en su sitio?

—Hemos de marcharnos —dijo, pasados algunos minutos.

—Sí, será lo mejor.

Aunque la temperatura era relativamente agradable, Alice empezaba a sentir frío.

Arrebujada en el chaquetón, salió delante de Percy, quien dejó la cerradura en su sitio.

—Alice, voy a pedirle un favor —dijo él, una vez de vuelta a casa.

—Desde luego, Percy.

—No deje de tenerme al corriente de lo que pueda pasar aquí. Si sucediera algo de importancia, llámeme en seguida, a cualquier hora del día o de la noche. ¿Lo ha comprendido bien?

—Le llamaré, se lo prometo.

* * *

Sarah Lamargh oyó que llamaban a la puerta de su casa y se levantó a abrir. La mujer vestía aún de luto riguroso. En realidad, no sentía excesivamente la muerte de su infiel marido. Pero, claro, había que guardar las apariencias.

En el umbral, Richard Weston se destocó cortésmente.

—Señora Lamargh, permítame en primer lugar expresarle mis más sinceras condolencias por la trágica muerte de su esposo —manifestó con voz

rebosante de amabilidad—. Yo tenía el honor de considerarme buen amigo de Andy y sentí como el que más la noticia de su fallecimiento.

—Gracias, señor Weston. ¿Quiere pasar? —invitó la viuda.

Weston cruzó el umbral. Sarah le ofreció una copita de aguardiente, que Weston rehusó cortésmente.

—No, muchas gracias. Perdone, señora Lamargh..., quizá lo que voy a decirle hiera sus sentimientos, pero estimo que debo ser veraz y sincero...

—Alguna deuda de mi difunto esposo, ¿verdad? —dijo ella con voz chirriante.

—Bueno» señora, yo no quería ofenderla...

—No, si tarde o temprano tenía que salir. El dinero que le debe a usted fue a parar a las manos de esa ramera que se llama Edith Frisby. ¿Para qué engañarnos? Todo el mundo lo sabía, de modo que no tenemos por qué ocultar algo que era del dominio público.

—Repito que lo siento muchísimo, señora. Pero su esposo, tengo documentos que lo prueban, murió dejando pendiente una deuda de casi mil libras esterlinas.

Sarah, anonadada, se sentó de golpe en una silla.

—¡Dios mío! —murmuró—. No creí que fuese tanto... Yo pensé en cincuenta, sesenta libras máximo... Verdaderamente, señor Weston, yo no poseo tanto dinero...

—Me lo imaginaba, señora —dijo el visitante—. Pero no debe apurarse por ello. No tema por el cobro de la deuda.

—¿Es que me la perdona? Weston sonrió.

—No sólo se la perdono, sino que estoy en condiciones de ofrecerle quinientas libras más —declaró.

—Ciertamente, no comprendo...

—Señora Lamargh, voy a considerar cancelada la deuda y, además, como acabo de decir, le daré quinientas libras esterlinas. A cambio de ello, usted, como heredera y actual propietaria de los terrenos de su difunto esposo, me cederá el trozo que linda con el lado norte de Shagmore Hall.

—Oh, de modo que es eso lo que quiere.

—Sí, señora.

—Esos terrenos, me parece, valen más...

—Está la deuda de Andy, señora. Sarah suspiró.

—Sí, comprendo. De acuerdo, señor Weston, esos terrenos son suyos —accedió finalmente.

—Muy bien; en tal caso, he traído preparados los documentos pertinentes. Usted sólo tiene que firmar; yo me ocuparé de legalizarlos debidamente, para que todo quede en regla.

Un cuarto de hora más tarde, Weston abandonaba la casa de la señora Lamargh. Unos ojos curiosos lo vieron salir, situados tras unos visillos de muselina.

Edith Frisby se imaginó los motivos de la visita. En aquel momento, Edith

empezó a pensar que sus sospechas eran ciertas.

¿Por qué no sacar una buena tajada del asunto?, se preguntó.

Todo el mundo conocía su lío con Andy, pero, hasta entonces, no había sucedido nada. Sin embargo, la muerte de Lamargh había provocado un escándalo, cuyas salpicaduras la habían alcanzado de lleno. En Wilkeshire empezaban a hacerle el vacío y era cosa que no le agradaba en absoluto.

Era hora de levantar el vuelo. Pero necesitaba dinero.

CAPITULO VIII

—Señor —anunció el mayordomo—, tiene una visita.

Richard Weston estaba en pie, en su biblioteca, ante un atril, sobre el que había un libro muy antiguo. Alzó la vista y miró interrogantemente a su mayordomo.

—¿Quién es, Hodges?

—La señora Frisby, señor.

—Ah... Está bien, hágala pasar al salón.

—Bien, señor.

Edith Frisby estaba en pie, contemplando con aire indiferente un cuadro colgado de la pared. Era una mujer de buena estatura y formas ampulosas, de pelo intensamente negro y ojos codiciosos. Al oír el ruido de la puerta se volvió rápidamente.

—¿Cómo está, señor Weston? —saludó.

—Un placer inesperado, señora —dijo el dueño de la casa—. ¿En qué puedo serle útil?

Edith dio un par de pasos y quedó en actitud desafiante, con la mano derecha apoyada en la carnosa cadera.

—Le voy a ser sincera —dijo—. Quiero marcharme de Wilkeshire.

—Váyase. Yo no la retengo en absoluto, señora.

—Pero necesito dinero. Weston alzó las cejas.

—Y cree que yo puedo dárselo.

—Sí.

El dueño de Shagmore Hall sonrió irónicamente.

—Esto no es un Banco, señora. Y no voy a llevarla arriba, a mi dormitorio particular, para que se gane media docena de libras esterlinas, comerciando con su cuerpo, muy apetitoso, ciertamente, pero que a mí me deja indiferente.

—No me acostaría con usted ni por todo el oro del mundo —respondió Edith insultantemente—. Pero sí puedo hacerle pagar un par de miles.

—¿Ha traído una pistola, señora? Edith se tocó la frente con el índice.

—La pistola está aquí —dijo—. Yo sé que Andy no se suicidó.

—El forense declaró su muerte debida a suicidio, señora. Y lo mismo decretó la investigación judicial correspondiente.

—Fue un asesinato. O me da mil libras o me voy a la policía con el cuento.

—¿Qué pruebas tiene de ello, señora?

—Andy y yo habíamos estado juntos el día de su muerte. Lo que menos quería él era suicidarse. Si alguien debía morir, era la bruja de su esposa. ¡Usted lo asesinó!

—Dígame, señora, ¿qué interés podía yo tener en su muerte? Edith adelantó el busto poderoso.

—Las tierras del lado norte. No sé por qué, pero usted las quería, y él no deseaba vendérselas. Ahora se las ha vendido la viuda, ¿verdad?

—¿Es eso un crimen? —preguntó Weston fríamente.

La campanilla de llamada sonó en aquel instante. Ello provocó una momentánea interrupción en el tenso diálogo.

—Disculpe un momento, señora Frisby —dijo el dueño de la casa. Fue hacia la puerta, se asomó y miró un instante hacia la entrada. Al reconocer a la visitante, forzó una sonrisa—: Ah, señorita Dunghannon... Perdone, ahora estoy ocupado. Hodges, acompaña a la señorita al gabinete... En seguida seré con usted...

Alice asintió y, acompañada por el mayordomo, fue a la estancia indicada. Mientras, Weston, después de cerrar la puerta, se volvió hacia Edith.

—Estábamos hablando de ciertas tierras —recordó—. Yo acababa de preguntarle si eso es un crimen, señora Frisby.

—Tal vez la policía pueda pensar así, señor Weston —contestó la visitante con notoria petulancia.

Weston escrutó durante unos segundos el redondo rostro de la mujer. No se podía negar que Edith no poseyera un gran atractivo sensual, pero en aquellos momentos se le antojaba repulsiva.

—Está bien. Seamos directos —exclamó—. ¿Cuánto?

—Vaya, celebro que lo haya entendido —sonrió Edith, satisfecha de lo que ya estimaba como un triunfo—. Dos mil libras, ni un penique menos —solicitó, tajante.

—Dos mil libras... No suelo tener tanto dinero en casa, señora.

—Oh, le concedo un plazo de una semana. Pero ni un día más.

—De acuerdo. Señora Frisby, antes de una semana tendrá usted el dinero. Ahora bien, como no deseo volver a verla hasta el momento de la entrega, ni creo conveniente que me llame por teléfono, lo mejor que podemos hacer es acordar desde ahora el momento de la próxima entrevista. Usted vendrá a esta casa, una hora más tarde de que yo haya pasado con mi coche, por delante de la suya, y ello antes de siete días. ¿Comprendido?

—De acuerdo.

Edith se encaminó hacia la puerta, meneando provocativamente sus pomposas caderas. Weston ocultó una sonrisa. Lástima no tener un alfiler a mano para arrearle un buen pinchazo. Quizá se hubiera producido una explosión, como si estuviesen llenas de aire...

Con la mano en el picaporte, Edith se volvió hacia el dueño de la mansión:

—Por supuesto, no volveré a pedirle más dinero —dijo.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, señora Frisby —contestó Weston, en un tono que ella no supo captar.

* * *

Mientras aguardaba la llegada de Weston, Alice se movió lentamente por la estancia, contemplando con moderada curiosidad los detalles de la decoración. De pronto, se fijó en el viejo atril, sobre el que había un gran

libro, de evidente antigüedad.

Curiosa se acercó al atril y pasó los dedos por la cubierta del libro, que apreció era de pergamino auténtico. Seguramente, piel de oveja, calculó. Los cierres estaban sueltos y eran de plata, ya ennegrecida por el paso de los años.

Abrió el libro. Intrigada, apreció que no era un libro impreso, sino que, en realidad, era más bien una especie de manual. El tipo de letra manuscrita era grande y fácilmente inteligible.

La primera anotación era más bien un epígrafe indicativo del tema, y su lectura dejó estupefacta a la muchacha:

> «Cómo hacer revivir a una persona muerta y convertirla en un ser obediente a todos nuestros mandatos.»

Alice se quedó petrificada. ¿Había alguien que pudiera tomar en serio una tontería semejante?

Por un momento, sintióse tentada de continuar pasando las páginas del libro, pero decidió ser prudente. Ya oía voces en el vestíbulo. Seguramente, el visitante de Richard Weston se disponía a abandonar la mansión.

Inmediatamente, cerró el libro. Luego, con paso natural, se encaminó a una de las ventanas, donde simuló contemplar el parque. Casi en el acto vio alejarse a la señora Frisby. ¿A qué había venido aquella casquivana mujer a Shagmore Hall?

La puerta se abrió de pronto.

—Señorita Dunghannon... —sonó la voz del dueño de la casa. Alice se volvió sonriendo.

—Temo haber llegado en un momento poco afortunado —dijo.

—Oh, nada de eso —contestó Weston—, Era una visita sin importancia y, de todas formas, ya se marchaba. ¿Puedo serle útil en algo?

—Bien..., quizá usted me tome por indiscreta... o aficionada a meter la nariz en los asuntos ajenos... El caso es que hace ya días que ando pensando en ello y... ¿Me promete no enfadarse si se lo digo, señor Weston?

La mano derecha de Weston se alzó en el acto.

—Se lo prometo. Y usted aceptará una copa —dijo—. ¿Qué prefiere?

—Jerez, por favor.

—Jerez para dos. Y ahora, dígame, ¿qué es esa cosa tan terrible que no se atreve a mencionarme, señorita Dunghannon?

—Bien, se refiere a la leyenda... Yo se la escuché a mi difunta tía Elizabeth en numerosas ocasiones. Oh, no es que crea en ella..., pero me gustaría escuchar el punto de vista de un descendiente de uno de los protagonistas. Porque, me imagino, aquí, en Shagmore Hall, habrá algún documento o algo por el estilo...

Weston sonrió, mientras se acercaba a la joven con las copas en las manos.

—Todas las leyendas tienen un fondo de realidad, pero en este caso, la realidad sólo existe en la fantasía de gentes demasiado crédulas —contestó.

* * *

—Estoy absolutamente segura y se lo repito de nuevo. Y ahora, más que nunca, Percy

—dijo Alice aquella misma noche por teléfono.

—Pero, mujer...

—Percy, te ruego me creas. Vi a Lord Edgar: una vez, la noche en que llegué a Wilkeshire, y la otra, en Shagmore Hall. En la primera ocasión, caminaba como un autómata. Los faros del coche iluminaron perfectamente su cara. Yo hablé, pero él no me contestó. Hedía horriblemente..., aunque en la segunda ocasión, ese olor apenas se notaba. Cuando lo vi en la casa, estaba absolutamente quieto, como una estatua... Percy, ¿no crees que si, por ejemplo, tú estás en una habitación, vuelto de espaldas a la puerta, y alguien la abre de pronto, lo primero que harás será girar en redondo para ver quién entra?

—Es lo normal, a menos que se espere a alguien y, aun así, siempre o casi siempre se mira instintivamente...

—Eso es lo que no hizo Lord Edgard.

—Alice, has dicho Lord Edgard —exclamó él.

—Exactamente. Es el mismo hombre que hay retratado en un cuadro, en lugar preferente del gran vestíbulo. Se podría pensar en que se trata de un parecido casual, pero no se trata de una semejanza, sino que es el mismo hombre que murió en 1701.

—¡Alice!

—Hoy mismo he estado hablando con Weston. Fui a dar un paseo y, al regresar, se me ocurrió entrar en Shagmore Hall. Le pregunté por la leyenda y él lo negó todo. Pero cuando llegué, tenía una visita y me hizo esperar en su gabinete. Había un libro muy antiguo sobre un atril. Lo abrí. En la primera página, leí algo que casi me puso los pelos de punta.

—Vamos, dilo de una vez —pidió el joven.

—Más o menos, decía: «Cómo resucitar a una persona muerta y conseguir que nos obedezca absolutamente.»

—Alice, ¿estás segura...?

—Tan cierto como que te estoy oyendo.

—Puede ser una fórmula nigromántica...

—¿Una fórmula nigromántica? Sí, tal vez; pero, en este caso, terriblemente eficaz. Oh, Percy, a menudo nos burlamos de los alquimistas y científicos de épocas pasadas, pero hay ocasiones en que hicieron descubrimientos que hoy todavía nos resultan incomprensibles. Quizá por egoísmo, tal vez muchas veces por temor, lógico en épocas de intolerancia, callaron sus descubrimientos...

—Pudiera ser —dijo Percy, impresionado por los argumentos de la muchacha—. En todo caso, Weston ha tenido que actuar impulsado por algún motivo poderoso. Suponiendo que ello sea posible, ¿qué objeto tendría hacer

revivir a un hombre muerto hace casi tres siglos?

—Yo te lo diré —contestó ella—. Lord Edgard es el asesino particular de Weston.

—Oh, por favor, sé un poco más sensata...

—«Rock», mi perro, le teme y siente antipatía hacia él, simultáneamente. Los animales poseen un instinto infalible. Algunas noches, ladra sin motivo aparente. He procurado recordar las fechas... y «Rock» ladró insistentemente el día en que se suicidó Lamargh.

—¿Quieres decir que fue un asesinato?

—Lo presiento, Percy.

—¿Por qué?

—Las tierras del lado norte. Lamargh se negaba a venderlas, bajo ningún concepto. Muerto éste, Weston puede apropiarse de ellas más fácilmente.

Percy frunció el ceño.

—Alice, ¿para qué quiere Weston esas tierras?

—Habló de dedicarse a la cría de caballos..., pero yo no lo creo. Es un trozo relativamente pequeño. Si han de ser caballos de carreras, necesitan mucho más espacio para correr.

—¿Qué me dices del dinero, Alice?

—Weston parece en buena posición —respondió la muchacha.

—¿Seguro? Un hombre rico no emplearía a otro para que jugase por él, aun sabiendo que va a ganar indefectiblemente. Es más, ni siquiera jugaría él mismo, a no ser como diversión..., pero en tal caso jamás arriesgándose a perder el pellejo en un antro como el de Tod Gillian.

—¿Quieres decir que tiene dificultades económicas?

—Valdría la pena investigar, ¿no crees?

—Sí, aunque yo no...

—Deja, yo me encargaré de esta parte del asunto. Tú sigue vigilándole, aunque con la mayor discreción posible. Que no se dé cuenta, ¿comprendes?

—Por supuesto, Percy.

—Te llamaré lo antes posible, Alice. Ah, una cosa.

—Dime...

—He estado pensando... Se me ha ocurrido una idea para levantar la tapa del sarcófago de piedra.

—¡Percy! —Se aterró la muchacha—. ¿Piensas volver allí?

—Contigo, si me acompañas; solo, si tienes miedo de un hombre que murió hace doscientos setenta y siete años.

—Aunque tengo mucho miedo, te acompañaré, Percy —respondió Alice valerosamente.

CAPÍTULO IX

El coche pasó a marcha lenta por el centro de la calle mayor de Wilkeshire. Edith Frisby lo vio desde la ventana de su casa. Consultó la hora. Iban a dar las seis y media de la tarde.

Sonrió para sus adentros. Una hora más tarde, sería dueña de dos mil libras esterlinas. A! día siguiente, tomaría un taxi que la llevaría a la estación de Hampstell Court. En esta localidad, antes de subir al tren, hablaría con un agente de fincas, que se encargaría de vender su casa. Luego...

A las siete y media, ya noche cerrada, avistó las luces de Shagmore Hall. Enfiló el camino que conducía a la puerta principal, pero apenas franqueada la entrada del parque, una sombra se destacó del tronco de un gran olmo que había en aquel lugar.

Edith sintió una especie de golpe en el pecho.

—Uf, me ha asustado —exclamó, casi en el acto—. Creí que me aguardaría en su casa...

El hombre no contestó. Seguía avanzando con paso mecánico hacia ella.

—Oiga, no me gustan las bromas... ¡Señor Weston! —De súbito, Edith lanzó una exclamación ahogada—. ¡Usted no es Weston!

Fue lo último que dijo. Dos manos, de poderosos dedos, se cerraron en torno a su cuello. Edith pataleó y se debatió, pero todo fue inútil.

Demasiado tarde comprendió que había ido al encuentro de una trampa. Ya no se podía rectificar.

«Rock» ladró agudamente en aquel momento. Alice, sentada junto al fuego, se sobresaltó.

Los ladridos del perro se convirtieron en un lamentoso ulular. Alice se puso en pie, caminó hacia la ventana y apartó los visillos.

La noche era muy oscura. No se veía nada.

Pero el perro presentía algo siniestro. De súbito, Alice concibió una idea.

Corrió a una consola, abrió el primer cajón y sacó una linterna. Se asomó a la cocina, dijo a su ama de llaves que iba a salir unos momentos y luego se dirigió hacia la puerta posterior.

Atado a la cadena, «Rock» gemía lastimeramente. Alice se inclinó un momento y le acarició la cabeza varias veces. El perro calló.

Inmediatamente, Alice echó a correr. El instinto le decía que iba a ver algo horrible y, aunque sentía un miedo espantoso, no se hubiera vuelto atrás por nada del mundo.

Si sus presentimientos eran ciertos, ganaría en velocidad al hombre muerto en 1701. Lord Edgard, si realmente había vuelto a la vida, no podía caminar de distinta forma a la que ella había visto en una ocasión.

De cuando en cuando, encendía unos instantes la linterna, para evitar tropezones desagradables. Antes de un cuarto de hora, estaba en el lindero del cementerio.

Agazapada tras una Sápida vertical de buen tamaño, esperó. Diez minutos después, creyó oír pasos.

Una silueta, que se movía con cierta lentitud, apareció ante sus ojos. Súbitamente, movida por un impulso irresistible, Alice se puso en pie, saltó hacia adelante y enfocó los rayos luminosos de su linterna a la cara del sujeto.

Estuvo a punto de gritar. Ahora, el asombro, más que el terror, la hicieron dar un paso atrás. Lord Edgard pasó por su lado, sin dar muestras de haberla visto, impasible, con el rostro tan inmutable como si estuviese tallado en piedra.

Alice giró lentamente a medida que el muerto-vivo pasaba por delante de ella. En silencio, le vio llegar junto al panteón, abrir la verja de hierro y penetrar en su interior.

Ya no quiso seguir mirando más. Dio media vuelta y huyó.

* * *

Había terminado de cenar hacía poco y revisaba mentalmente todo lo que tenía preparado para su próximo viaje a Grobbs Farm. De pronto, sonó el teléfono.

Percy se acercó el aparato a la oreja.

—Kallenby —dijo.

La voz de la muchacha sonó con gran excitación.

—¡Percy, le he visto! —Gritó Alice—. Ahora estoy segura. Es él, Lord Edgard... Está vivo... Bueno, al menos se mueve como si estuviera vivo...

—¡Muchacha! —Respingó Percy—. ¿Estás segura?

—Sí. Fui al cementerio... Me escondí detrás de una lápida y aguardé unos minutos. Luego vi venir a un hombre, que caminaba de la misma forma que te conté... No sé de dónde saqué las fuerzas, pero me puse frente a él...

—¡Imprudente! —se estremeció el joven.

—Tenía que hacerlo, compréndelo. Había llevado una linterna y quería comprobar mis sospechas. No, no cabe la menor duda; es él, Lord Edgard.

—Y bien, ¿qué pasó a continuación?

—Me retiré un poco. El no se detenta, ni yo quería pararlo... Le vi llegar al panteón, abrir la cancela, meterse dentro...

—¿Miraste luego dentro del panteón?

—Oh, no... Creo que ya me había acobardado bastante... Pero, Percy, eso que te estoy contando ha sucedido no hace todavía una hora, ¿comprendes?

—Hay algo que me extraña —dijo él—. Si está en el sarcófago, ¿cómo puede levantar la tapa de granito? Más todavía, ¿cómo la coloca después?

—No lo sé... ¿No me dijiste tú que tenías la solución para ese problema?

—Yo sí, pero desde afuera. Desde dentro, la cosa, como puedes comprender, varía. Pero no te preocupes; mañana encontraremos la solución y saldremos definitivamente de dudas.

—No sé si podré dormir esta noche...

—Cierra bien puertas y ventanas y deja suelto al perro; es la mejor protección —aconsejó él.

—Así lo haré, Percy.

—Ah, olvidaba decirte una cosa. Ya conozco, o creo conocer, mejor dicho, los motivos de Weston.

—¿Sí?

—El dinero. He llegado a saber que de todo lo que hay en Shagmore Hall no le pertenece ni el valor de un cenicero de propaganda.

—¡Percy!

—Como lo oyes. Está arruinado hace mucho tiempo y concertó con un Banco una fortísima hipoteca sobre Shagmore Hall. También me he enterado de que es muy aficionado a las carreras de caballos.

—No me digas...

—Bueno, a las apuestas. Eso es lo que le ha llevado a la ruina.

—Pero hace poco ganó cincuenta mil libras —le recordó ella.

—Oh, habrá conseguido de este modo una prórroga del Banco o tal vez destinó el dinero a pagar los intereses..., sin olvidar que también tiene que vivir. En fin, en cierto modo, es algo secundario... Pero ahora que caigo, ¿cómo se te ocurrió ir al cementerio, a tiempo para ver a Lord Edgard?

—Es verdad, lo había olvidado —respondió Alice—. Te lo dije en una ocasión, creo.

«Rock» empezó a ladrar y a aullar lastimeramente. No sé por qué, pero presentí que podía suceder algo...

—Y ha sucedido.

—Sí.

—Lord Edgard estaba fuera de su tumba. ¿Por qué? Pero era una pregunta a la que Alice no podía contestar. La que sí hubiera podido decir algo al respecto, era Edith Frisby.

Y estaba muerta.

CAPITULO X

Los ladridos de «Rock», en esta ocasión, no tenían nada de lúgubres. El can saltó alegremente alrededor del recién llegado. Percy le hizo unas cuantas caricias. Luego estrechó la mano que le tendía la muchacha.

—¿Cómo estás, Alice?

—Bien —respondió ella—. Hay novedades, Percy.

—¿Qué sucede?

—Edith Frisby ha muerto.

—¿La amante de...?

—Sí, la misma. Ha sido encontrada esta mañana en su cama. Tenía en el cuello marcas de unos dedos. Se supone que alguien entró y la estranguló.

—Un ladrón.

—Un ladrón o...

Los dos jóvenes se miraron recíprocamente durante un segundo. Ambos pensaban lo mismo.

Luego Percy asió el brazo de la muchacha y la empujó suavemente hacia el interior de la casa. «Rock» les siguió, meneando el rabo alegremente.

—Hablaremos mejor delante de una taza de té —propuso él.

—Ya lo tengo preparado, Percy.

Los rostros de ambos jóvenes estaban inusitadamente graves. Después de tomar una taza de té, Percy levantó su mirada hacia la muchacha.

—Entonces, «Rock» presiente, o percibe, el momento en que Lord Edgard sale de su tumba —dijo.

—Sí, en efecto.

—Tú escuchaste sus aullidos y decidiste ir al cementerio, para comprobar tus sospechas.

—Así lo hice, Percy.

—¿Tienes un papel? Me gustaría que hicieras un gráfico, explicando tu posición... Alice se levantó y volvió a poco con una cuartilla y un lápiz.

—No soy buena dibujante —se excusó, al terminar su trabajo.

—Es suficiente —dijo Percy—. El cementerio, si no me equivoco, queda a! norte de Shagmore Hall. Entre ambos, están las tierras que fueron de Lamargh.

—Exactamente. Pero el lindero norte de las tierras de Lamargh es un camino que conduce a distintas granjas. El cementerio limita al sur con ese camino.

—Bien, no es detalle de gran importancia... ¿De dónde venía Lord Edgard cuando tú lo aguardabas en las inmediaciones del panteón?

—De Shagmore Hall, Percy.

—¿Seguro?

—No puedo equivocarme —insistió Alice.

—Si Weston ha conseguido que Lord Edgard le obedezca, ¿cómo lo

llama? Porque si fue a Shagmore Hall, es evidente que tuvo que llamarlo, ¿no te parece?

—Es lo más lógico —convino la muchacha. Percy golpeó el dibujo con la punta del lápiz.

—Edith Frisby ha aparecido estrangulada, lo mismo que Heoghill hace un año —dijo pensativamente—. ¿Crees que ha podido ser Weston?

—El cadáver apareció en su casa. Faltaban algunos objetos, de no demasiado valor, pero que podían suponer unas cuantas libras para un vagabundo. También se cree que el asesino se llevó algo de dinero.

—Si lo hizo Weston, no se le podrá probar nunca.

—¿Weston o Lord Edgard, Percy?

—¿Ha conseguido Weston que Lord Edgard le obedezca hasta esos extremos?

—A mi no me extrañaría en absoluto. Lord Edgard se movía enteramente como un autómata. Cada vez que pienso en ello, me siento más convencida de que es así. A mí no me hizo nada, ni siquiera reparó en mi presencia, ni en la luz de la linterna, porque supongo que actuaba bajo un mandato que le compelía a actuar en una sola dirección; esto es, volver a su sepulcro.

Percy alzó el índice.

—Puede que tengas razón —contestó. El lápiz cayó sobre la mesa—. En fin, esta noche saldremos de dudas.

Alice le miró fijamente.

—¿Has dado con el procedimiento para levantar la tapa del sarcófago? —preguntó. Percy sonrió.

—Es tan sencillo, que no sé cómo no se me ha ocurrido antes —contestó. De pronto, frunció el ceño—. Alice, si la señora Frisby ha sido asesinada por Lord Edgard, y éste ha actuado bajo el mandato de Weston, ¿qué motivos había para que se cometiera ese crimen?

—Bien, esta mañana fui al pueblo a hacer unas compras... En la tienda oí algunos rumores. La señora Frisby había dicho, al día siguiente de la muerte de Lamargh, que no creía en un asesinato. Pero luego ya no volvió a mencionar el tema. En días sucesivos, dijo que iba a vender la casa y abandonar Wilkeshire...

Percy entornó los ojos.

—Tal vez quiso hacer un chantaje a Weston —apuntó.

—Es posible —convino Alice.

—En tal caso, el chantaje se debería a la muerte de Lamargh. No olvidemos que Weston quería los terrenos de éste y que ya son suyos. Ahora bien, ¿por qué tanto empeño en poseer unas tierras que tienen muy poco valor?

Alice hizo un gesto con la cabeza.

—Sólo hay una persona que podría aclararnos este enigma... y no creo que tenga intención de hacerlo —respondió.

* * *

Después de cenar, Percy y la muchacha, equipados con ropas cómodas, abandonaron la casa. «Rock» gimió lastimeramente, como si quisiese evitar la marcha de la pareja. Percy le hizo unas cuantas caricias y el perro acabó por tenderse tristemente en el suelo, junto a su caseta, a la cual quedaba atado por una cadena. Percy y Alice subieron al coche y ella guió al joven hasta las inmediaciones del cementerio.

Al detenerse, Percy se apeó y miró hacia el sur. Estaban en el camino y, en aquel lugar, empezaba la nueva propiedad de Weston. El suelo hacía un suave abombamiento, de tal modo que apenas si se veían los árboles que, al otro lado de la loma, marcaban los antiguos límites de Shagmore Hall. La mansión estaba entre aquellos árboles, a unos mil metros de distancia.

Tal vez aquella adquisición encerraba un secreto que su nuevo dueño no quería hacer público. Al cabo de unos instantes, fue hacia la parte trasera del coche y levantó la tapa del maletero.

El automóvil había quedado al otro lado de un espeso seto, de tal modo que no era posible fuese visto por un transeúnte ocasional, que, tanto a pie como en coche, circulase por el camino. Percy hizo una señal con la mano y Alice acudió. Él le entregó una bolsa de tela que contenía lo que parecían unos grandes tacos de madera.

—La distancia no es mucha —sonrió, aludiendo al relativo peso de la bolsa.

Percy cargó con una segunda bolsa, mucho más pesada. Alice percibió un leve tintineo de hierros. En la mano izquierda, llevaba una lámpara de buen tamaño, con la que se alumbraron, hasta llegar a la entrada del panteón.

Como la otra vez, Percy utilizó una ganzúa para abrir la verja. Acto seguido, cruzó el umbral y entregó la lámpara a la muchacha.

—Tú me alumbrarás —dijo.

El joven abrió la primera bolsa, de la que sacó cuatro grandes tacos de madera, de unos treinta centímetros de largo, por casi veinte de lado, colocándolos a unos veinticinco centímetros de cada esquina del sarcófago y sobre el pedestal. Luego abrió la segunda bolsa.

—He comprado cuatro gatos de levantamiento de automóviles —explicó él —. Pensé que la altura que pudiéramos conseguir sería insuficiente y por eso hice que me construyeran los cuatro tacos.

—A mí no se me hubiera ocurrido —contestó Alice, admirada—. Sencillo, pero genial, Percy.

—Lo sencillo parece casi siempre genial —rió él, a la vez que empezaba a trabajar con el primer gato en uno de los lados de la tapa del sarcófago de piedra—. Desde luego, vivo o muerto, Lord Edgard debe de tener una fuerza descomunal...

Mientras hablaba, daba vueltas a la manivela, a fin de hacer subir unos centímetros la esquina junto a la que se hallaba situado. De pronto, le resbaló

el pie derecho en el borde del pedestal y cayó hacia adelante. El instinto le hizo apoyarse en la tapa del sarcófago, que salió disparada a un lado de un modo absolutamente inesperado.

CAPITULO XI

La gran losa que cubría el sarcófago de piedra y que, aparentemente, debía de pesar media tonelada o más cayó al otro lado, con tanta facilidad como si hubiese sido arrojada por el manotazo de un gigante. Percy y la muchacha se quedaron pasmados, completamente inmóviles a causa del asombro que les producía aquel hecho singular.

Percy contempló durante unos instantes el féretro de caoba, que ya había perdido el brillo por el paso de los años. Luego, reaccionando, dio la vuelta al sarcófago y, con una sola mano, levantó la tapa caída en el suelo del panteón.

—Poliuretano —dijo. Alice tenía la boca abierta.

—Parece granito auténtico...

—Lo emplean en las decoraciones —sonrió él—. Es fácil de trabajar, se puede pintar del color que se precise, sirve muy bien como embalaje protector... y algunos hasta lo usan para imitar la losa que cubría en tiempos un sepulcro.

—Entonces, eso explica que Lord Edgard pueda entrar y salir con tanta facilidad —dijo Alice.

—Lo explica muy bien. —Percy levantó la falsa tapa y enseñó dos asas que se veían en la cara interior, así como unos pequeños rebordes que servían para que quedase bien ajustada al sepulcro—. Sobre todo, si se tiene en cuenta, como puedes apreciar, la relativa hondura del sarcófago, que permite levantar la tapa del féretro sin dificultades.

—Si lo hubiéramos sabido el otro día... —suspiró la muchacha—. ¿Dónde estará la tapa auténtica, Percy?

—Hecha pedazos en alguna parte —respondió él—. Y no nos interesa tanto corno lo que hay dentro de ese ataúd.

Alice se estremeció. Había llegado el momento más temido. Debía ser fuerte, se dijo. Percy se subió al pedestal.

—Alúmbrame, por favor.

Alice le siguió, dominando sus aprensiones. Percy se inclinó y tanteó las presillas de cierre de la tapa del ataúd. Luego, de súbito, la cogió con ambas manos y la levantó de golpe.

Ella desvió la vista a un lado. Sintió que Percy le quitaba la linterna de la mano, pero no se atrevió a mirar el interior del ataúd.

Durante unos segundos, hubo un silencio absoluto en el interior del panteón. Luego, Alice, estremecida de horror, oyó la voz del joven:

—¡Lord Edgard! ¡Contésteme, se lo ruego!

Muy despacio, Alice fue girando la cabeza, obligándose a sí misma a ser valerosa, hasta que pudo ver con todo detalle el cuerpo que yacía apaciblemente en el féretro. Lord Edgard tenía los ojos cerrados y sus manos aparecían cruzadas sobre el pecho.

—Pero viste ropas actuales —exclamó, sin poder contenerse.

—Lógico, si tiene qué actuar en nuestros días, ¿no crees?

—Yo le vi con el traje de su época...

—Posiblemente era una de sus primeras salidas —apuntó Percy—. Weston debió de pensar después que un zombie con traje del siglo XVIII no resultaba muy adecuado a nuestro tiempo.

—Un zombie —repitió ella.

—Sí, un muerto-vivo, como en las Antillas..., pero que, sin embargo, no me obedece.

Percy volvió a lanzar su invocación. El cuerpo de Lord Edgard permaneció en la más absoluta inmovilidad.

Alice se notaba presa de un extraño sentimiento, mezcla de asombro, terror y admiración a un tiempo. Aparte del color terroso de su rostro, el cadáver aparecía maravillosamente conservado. Si hubiese visto movimientos regulares en su pecho, habría dicho que Lord Edgard estaba dormido.

Al cabo de unos minutos, Percy hizo un gesto negativo.

—Es indudable que Weston emplea un procedimiento desconocido para conseguir que Lord Edgard le obedezca —dijo—. Pero no cabe la menor duda de que la fórmula de su antepasado, el cirujano Ferries, resultó positivamente eficaz. Y no sólo eso, sino que Lord Edgard ha podido soportar casi tres siglos de estancia en el sepulcro, sin que su organismo acuse en lo más mínimo el paso de los años.

Miró un instante a la muchacha y añadió:

—Tú tenías razón cuando dijiste que algunos científicos de épocas pasadas poseían conocimientos que hoy permanecen en el olvido y que resultarían incomprensibles para los sabios actuales. No cabe la menor duda, el doctor Ferries debió de ser un hombre genial.

—Sí, Percy —convino la muchacha—. Pero ¿qué hacemos ahora? El joven suspiró.

—De momento, no se me ocurre nada, salvo dejar todo tal como lo hemos encontrado. Yo me volveré mañana a Londres. Tengo un amigo médico, una de cuyas especialidades es el embalsamamiento. También es un punto aficionado a la parapsicología. Creo que esto le interesará, Alice.

—¿Le pedirás que venga, Percy?

—Sí. Quiero conocer su opinión... y también me gustaría hablar con Weston, pero no antes de que el doctor Harrodney haya visto el cuerpo de Lord Edgard.

Percy bajó la tapa del ataúd. A continuación, colocó sobre el sarcófago la falsa loseta de poliuretano, que tan bien imitaba el granito. Luego recogió todos los trebejos.

—Volvamos a casa, Alice.

Salieron en silencio del panteón. Un cuarto de hora más tarde se reconfortaban en la casa de Alice con dos buenos tragos de brandy.

Percy levantó su copa.

—No lo tomes como una burla..., pero me parece oportuno brindar a la

memoria del doctor Ferries —dijo.

Alice esbozó una sonrisa.

—Yo brindaría mejor para que se acabe pronto esta pesadilla —manifestó —. Tener en la vecindad a un zombie, como lo has llamado, no es cosa que resulte agradable, Percy.

—Esto no durará mucho, te lo prometo —contestó él firmemente.

Al día siguiente, Percy emprendió el regreso a Londres. A pocos kilómetros de Wilkeshire se encontró un automóvil parado. Su conductor, junto al coche, consultaba un mapa de carreteras.

Percy frenó y asomó la cabeza por 1a ventanilla.

—¿Puedo serle útil en algo, amigo?

El hombre, joven y bien parecido, sonrió.

—Voy a Shagmore Hall —contestó—. El mapa no indica bien la ruta y no me gustaría pasarme el día dando vueltas por estos caminos.

—Siga la misma dirección. A tres kilómetros, encontrará un cruce. Vaya hacia el norte. Shagmore Hall está a menos de mil metros.

—Gracias, amigo.

Percy se dispuso a arrancar de nuevo. De pronto, se le ocurrió una idea.

—Oiga, usted no será empleado de un Banco, ¿verdad? —preguntó, recordando la hipoteca que pesaba sobre Shagmore Hall.

El joven se echó a reír.

—¿Empleado de...? Oh, no. Soy arquitecto. El dueño de esa propiedad me ha llamado para consultarme. Por lo visto, quiere cambiar de sitio un viejo panteón...

—Oh, dispense la curiosidad. Muchas gracias, amigo.

—A usted.

Percy reanudó la marcha. Cambiar de sitio el panteón.

¿Por qué?

¿Tal vez para tener más cerca a su esclavo muerto-vivo?

* * *

El perro ladró furiosamente. Sin mirar siquiera hacia la ventana, Alice presintió 1a identidad del visitante.

«Rock» parecía verdaderamente irritado. Alice salió corriendo y lo ató a su caseta. Weston aguardaba sonriendo junto a la valla.

—Parece que el animal no me quiere —dijo.

—«Rock» es un poco desconfiado —respondió la muchacha—. ¿Quiere pasar, señor Weston? Puedo invitarle a una taza de té...

—Oh, muchas gracias, señorita Dunghannon, No diré que pasaba por aquí, porque sería mentir. Eh realidad, he venido, como suele decirse, a tiro hecho.

Alice enarcó las cejas, sorprendida por aquellas palabras. Sonriente, Weston continuó:

—Mañana es mi cumpleaños —dijo—. No tengo demasiados amigos en la

comarca y me veré obligado a cenar solo..., a menos que quiera honrarme con su presencia en mi mesa.

—Oh, quiere que vaya a su casa...

—Lo estimaría como un inmenso favor, señorita Dunghannon.

Alice vaciló un segundo. Desconfiaba de Weston, pero, al mismo tiempo, se decía que no tenía nada que temer de él.

Al fin, emitió una amable sonrisa.

—Iré con mucho gusto —dijo.

—Mil gracias —contestó Weston—. Enviaré a mi mayordomo...

—Oh, por favor, no será necesario. Conozco el camino.

—En tal caso, no tengo más que decirle. De nuevo le doy las gracias por aceptar mi invitación, señorita Dunghannon.

—Soy yo quien debe estarle agradecida, señor Weston —contestó Alice con no menor urbanidad.

Weston se destocó cortésmente y echó a andar hacia el automóvil que tenía a poca distancia. Alice permaneció junto a la valla unos momentos. Luego, lentamente, regresó a su casa.

Desató al perro. «Roch» se echó a su lado, junto a la chimenea. Ella, de cuando en cuando, acariciaba la cabeza del fiel can.

¿Había hecho bien, aceptando la invitación de Weston?

Quizá, si Percy hubiese estado allí, habría podido aconsejarla, pero no estaba y aún no sabía cuándo volvería, acompañado por su amigo el doctor Harrodney.

De pronto, recordó el libro que contenía la fórmula para revivir a una persona y convertirla en esclavo de la propia voluntad. Resultaría interesante hojearlo de nuevo.

Pero ¿se lo pediría a su dueño?

La duda mortificaba todavía el ánimo de la muchacha cuando, al día siguiente, consultó el reloj y vio que ya se acercaba la hora de ir a Shagmore Hall.

De súbito decidió que, si quería llevar a cabo sus propósitos, debía acudir a la cita antes de la hora convenida.

* * *

Hodges, el mayordomo, abrió la puerta y se inclinó respetuosamente.

—Señorita...

—Creo que he venido un poco adelantada de tiempo —dijo Alice, simulando turbación—. No estaba segura de la hora exacta y por eso preferí llegar antes, que ser considerada como impuntual.

—El señor me anunció anoche que la señorita sería su invitada en la cena —manifestó Hodges—. En efecto, es un poco pronto, pero ello no tiene la menor importancia.

El mayordomo se echó a un lado. Alice, ataviada sencillamente, cruzó el

umbral y se detuvo, simulando vacilar ligeramente.

—No veo al señor Weston...

—El señor está trabajando en estos momentos. De todos modos, no creo que tarde mucho. Le avisaré inmediatamente, señorita.

—Oh, no hay prisa... Esperaré todo lo que sea necesario.

Y antes de que Hodges pudiera hacerle alguna indicación al respecto, echó a andar hacia la puerta que daba a la estancia en donde había visto el libro en el que se indicaba cómo resucitar a las personas muertas.

Desde la puerta, se volvió y sonrió.

—No apremie al señor —dijo.

Hodges se inclinó y se encaminó hacia la cocina. Antes de cerrar la puerta, Alice lanzó una mirada al retrato de Lord Edgard Threswin.

—Milord, ¿cómo has podido sobrevivir tanto tiempo? —murmuró, como si Lord Edgard pudiera escucharla.

A continuación, se acercó al atril. Levantó la tapa del libro y empezó a leer.

Aunque la letra, y consiguientemente, el estilo literario, eran anticuados, Alice pudo leer sin dificultad una serie de fórmulas abstrusas, en las que predominaba la química y de las cuales no entendió absolutamente nada. Pero más adelante, encontró un relato, escrito con una letra diferente, que arrojó una viva luz sobre las dudas que aún se albergaban en su ánimo.

Entonces lo comprendió todo. O casi todo.

Porque aún le faltaban por conocer los motivos que le habían impulsado a Weston a procurar la vuelta a la vida del cadáver de Lord Edgard.

Repentinamente, oyó un chasquido.

La puerta acababa de abrirse. Estaba tan abstraída, que no se había dado cuenta en absoluto del paso del tiempo. Sin poder contenerse, lanzó un grito de terror.

CAPITULO XII

Richard Weston se detuvo en el umbral, con la mano en el pomo de la puerta. Al abrirla, había hecho el ruido que tanto había asustado a la muchacha.

—¿Le ocurre algo, señorita Dunghannon? —preguntó, solícito. Alice se puso una mano en el pecho.

—No... Estaba distraída...

Weston se fijó entonces en el libro abierto sobre el atril y la sonrisa se borró un instante de sus labios.

—Le gusta el tema —dijo, sonriendo de nuevo.

—Me atrajo la curiosidad. —Alice procuró mostrarse tranquila y cerró el libro con gesto natural—. ¿Es cierto lo que se dice aquí, señor Weston?

—¿Me creería usted si le contestase afirmativamente? Ella hizo un gesto ambiguo.

—No soy muy aficionada a dar crédito a cosas fantásticas —repuso evasiva.

—Hay cosas fantásticas que pueden resultar reales.

—Quizá. En todo caso, usted debe de saber mucho sobre el particular. ¿No es descendiente de John Ferries?

—Ah, conoce la historia...

—Ya le dije que mi tía me contó la leyenda. Se dice que el doctor Ferries era capaz de resucitar a las personas muertas.

Weston sonrió indefiniblemente.

—Venga, la mesa está servida —dijo—. Hablaremos después de la cena, si no tiene inconveniente.

—Ninguno —respondió Alice, muy aliviada al darse cuenta de que había salido del trance mejor librada de lo que había esperado en un principio.

Cenaron en el comedor. Hodges sirvió en silencio. A la muchacha le extrañaba no ver ningún otro sirviente. Una casa tan grande, pensó, necesitaba de más servidumbre que un viejo mayordomo.

Al terminar, Hodges sirvió el café y los licores y anunció que se retiraba. Weston y la muchacha quedaron solos.

—Hodges es ya viejo, pero lleva muchos años en la casa y no puedo despedirle —dijo Weston, mientras aplicaba la llama de un encendedor al extremo de un cigarro habano—. Voy a tener que pensar en contratar un nuevo sirviente, por lo menos.

—Oh, con la fórmula de su antepasado, podría resultarle baratísimo, tanto en salario como en manutención. Los muertos-vivos no gastan tanto como los auténticos vivos, ¿verdad?

Después de aquellas palabras, sobrevino un gran silencio.

Alice se dio cuenta de que había cometido una imprudencia. Tal vez había tomado un poco más de vino de la cuenta, se dijo.

Weston la miraba de hito en hito, a través de las azules nubes de humo del tabaco. Al cabo de unos momentos, Weston se quitó el cigarro de la boca.

—Voy a enseñarle algo que la asombrará, sin duda, Alice —dijo, suprimiendo el tratamiento—. Usted se siente escéptica y yo quiero probarle que ciertas fantasías, que algunos juzgarían irrealizables, pueden hacerse realidad.

—¿Qué es lo que quiere decir, Richard? Weston se había puesto ya en pie.

—¿Por qué no me acompaña? —sugirió. Alice hizo un gesto negativo.

—No. No quiero ver cómo ordena a Lord Edgard que abandone su tumba —contestó.

En el rostro del dueño de la casa apareció de súbito una expresión de furia indescriptible.

—De modo que lo sabe —dijo.

—Le he visto fuera del panteón en un par de ocasiones —respondió Alice, sintiéndose ahora extrañamente valerosa—, La última ocasión que lo vi fue la noche en que murió Edith Frisby.

De nuevo se hizo el silencio. Pasaron unos segundos, antes de que Weston recobrase la calma.

—Es usted una curiosa entrometida, que ha querido meter su linda naricita donde 110 debiera —dijo al cabo—. Es una lástima, porque yo pensaba pedirle que fuese mi esposa. Shagmore Hall necesita una mujer como usted..., y puede que la tenga.

Alice se puso en pie.

—Jamás se me ocurrirá aceptar su proposición de matrimonio —exclamó —. Voy a marcharme y...

La mano de Weston se disparó de súbito y atenazó el brazo izquierdo de la muchacha.

—No —dijo—. Usted ya no va a salir de esta casa.

* * *

Durante unos segundos, Alice sintió un mortal vértigo, que le hizo perder de vista cuanto la rodeaba. A no ser por la mano de Weston, seguramente habría caído al suelo. No obstante, consiguió rehacerse.

—Piensa asesinarme —dijo—. Lo mismo que hizo con Heoghill... y con Lamargh, para apoderarse de sus tierras..., y con Edith Frisby...

—Sabe demasiado —murmuró Weston torvamente.

—No soy tonta y sé establecer las deducciones pertinentes.

—Heoghill murió porque... Bien, ¿qué importa eso ahora? Pero, en todo caso, ¿podría probarlo alguien? Ninguna de esas muertes me ha sido achacada.

—Es lógico. Lo hizo Lord Edgard por usted.

—Me siento admirado —dijo Weston cínicamente—. Ha llegado a saber casi tanto como yo.

—Lo dudo mucho. Pero, en fin, ¿por qué lo hizo? ¿Por orgullo? ¿Por... necesidad, ya que Shagmore Hall, pese a todo, no le pertenece en la práctica, aunque siga viviendo aquí?

La cara de Weston se convulsionó.

—¿Quién se lo ha dicho? —gritó.

Alice ya estaba lanzada. Una imprudencia más o menos, se dijo, no empeoraría demasiado su situación.

—Lord Edgard fue al casino que había pertenecido a Heoghill y ganó cincuenta mil libras —dijo—. Un tal Stubby Ride quiso asesinarlo y no pudo..., porque no podía matar a alguien que ya estaba muerto, aunque actuase como un vivo. ¿Cómo consiguió hacer que desapareciera el olor a podredumbre? ¿Tiene, en su estado de muerto-vivo, poderes sobrenaturales que le permiten eludir las trampas de la ruleta y adivinar dónde va a caer la bola?

—¿Quién le ha dicho tantas cosas? ¿Percy Kallenby? Seguro que sí, ¿verdad? Bueno, no importa; él la seguirá a usted..., pero antes...

Bruscamente, Weston tiró de la muchacha y la empujó hacia la salida.

—Gritaré —amenazó ella.

—Es inútil. Hodges duerme en el último piso, en el lado opuesto. Además, es viejo y anda mal del oído. Y, por si fuese poco, tiene orden de no moverse de su habitación en toda la noche, pase lo que pase. Sabe que debe obedecerme o lo despediré..., y no puede arriesgarse a contravenir mis órdenes, porque es ya muy viejo y no tendría dónde retirarse...

Como en sueños, Alice se dejó llevar a través del amplio vestíbulo. Al llegar frente a una puerta, Weston sacó una llave de su bolsillo, abrió y empujó a la muchacha hacia la escalera que se iniciaba a dos pasos de la entrada.

Weston encendió las luces del sótano. Alice, aturdida, emprendió el descenso.

Un fuerte olor a sustancias químicas hirió su pituitaria. Vio una gran mesa, con numerosos frascos y elementos de vidrio, de laboratorio, que contenían diversos líquidos de varios colores, y vio también...

—Dios mío —exclamó, sin poder contenerse, al contemplar aquel indescriptible espectáculo.

* * *

Había cuatro o cinco mesas, largas, de madera, pintadas de blanco, tres de las cuales estaban ocupadas por sendos cuerpos inmóviles.

Alice conocía a todas las personas. Vio a Heoghill, aparentemente dormido, a Lamargh, a Edith Frisby...

Todos tenían unas horribles marcas en el cuello. Las de Lamargh, sin embargo, eran algo diferentes. La soga que había causado su muerte, había dejado una señal inconfundible.

—Los mantiene vivos...

—La frase no es enteramente exacta —respondió Weston, enormemente satisfecho de la impresión causada a su huésped—. Digamos que, por el momento, esperan su resurrección.

—Pero ¿por qué? ¿Con qué objeto?

—¿Es que no lo comprende? Primero probé con Lord Edgard. Dio resultado. Cuando yo lo deseo, revive y hace todo lo que yo le ordeno. Claro que he tenido que reeducarlo: la suya es una mente habituada al ambiente del siglo XVIII. Pero no me costó demasiado..., y gracias a él, pude conseguir otro año más de prórroga del Banco. Sin embargo, lord

Edgard revivió, porque mi antepasado había ensayado ya la fórmula con él y ello permitió que su cuerpo llegase perfectamente conservado hasta nuestra época. Ahora quiero ensayar con otros, a fin de comprobar definitivamente la bondad de la fórmula descubierta por mi antepasado.

—¿Qué sacará con ello, Richard?

—¿No lo adivina? Hay cientos de personas adineradas que no quieren morir..., que desearán prolongar su existencia más allá de la muerte; que pagarán cuanto les pida por volver a la vida... ¡Y yo me haré rico, inmensamente rico!

Había un brillo insano en los ojos de Weston. A pesar del miedo que sentía, Alice no pudo contener una frase irónica.

—Naturalmente, se aplicará la fórmula a sí mismo, para vivir también una segunda existencia —dijo.

—¿Lo duda? —contestó él, muy serio.

De repente, se volvió y disparó el puño derecho hacia la mandíbula de la muchacha.

El golpe no fue demasiado fuerte, pero causó el efecto deseado; Alice perdió el conocimiento instantáneamente.

Cuando se despertó, estaba tendida sobre una de aquellas mesas, atada a la misma por recias correas, que ceñían prietamente su cuerpo, impidiéndole hacer el menor movimiento.

Alice tardó algunos minutos en recobrar la plena conciencia. Cuando, al fin, se sintió lúcida de nuevo, vio a Weston inclinado sobre un frasco, que contenía un líquido de color rojo oscuro. De no haber sido transparente, aquel líquido habría parecido sangre.

—Richard —llamó. El hombre se volvió.

—Lamento lo que he hecho, pero no podía obrar de otra forma— manifestó.

—Va a matarme —dijo ella.

—No. Lord Edgard se encargará de esa penosa tarea —respondió Weston con espantoso cinismo.

Alice levantó un poco la cabeza. Weston cogió el frasco y una jeringuilla de inyecciones, que cargó con el líquido rojizo. Luego guardó la jeringuilla en una cajita, que echó al bolsillo. Al terminar, se encaminó hacia la salida.

Desde la puerta, se volvió y dirigió a la muchacha una horrible sonrisa.

—No tema —dijo—. Lord Edgard está ya habituado. No le hará mucho daño.

La puerta se cerró segundos después y Alice quedó sola en el sótano, entregada a las más negras perspectivas.

CAPITULO XIII

El coche en que viajaban los dos hombres se detuvo frente a la granja. Percy y el doctor Harrodney se apearon, sólo para recibir, de boca del ama de llaves, la desconcertante noticia de que Alice estaba cenando en Shagmore Hall.

Era ya noche cerrada. Desconcertado, Percy no sabía qué hacer.

—Tom —dijo a su amigo—, siento mucho haberte hecho venir desde Londres...

—El caso tiene interés, no te preocupes —respondió el doctor Harrodney —.

Esperaremos todo lo que sea necesario.

—Si quieren, les prepararé la cena —dijo el ama de llaves.

—Un poco de comida no vendrá mal, en efecto, muchas gracias.

«Rock» se acercó. Percy le acarició la cabeza. El animal gemía y se quejaba de una forma extraña. Parecía muy inquieto, observó el joven.

Los dos amigos cenaron apaciblemente, mientras comentaban diversos aspectos del caso. De súbito, «Rock» emitió un ronco aullido.

Percy se puso rígido. El can volvió a ladrar de aquella forma tan lastimera y, al mismo tiempo, enfurecido.

Luego, «Rock» fue a la puerta y empezó a arañarla con las patas, como si quisiera salir.

El ama de llaves apareció y abrió la puerta.

—No me gusta la actitud de este animal —dijo—. Por suerte, la valla es alta y no podrá saltarla..., pero pobre del ladrón que quiera entrar a robar.

Percy se puso en pie.

—Tom, vámonos —dijo—. «Rock» presiente algo y no me siento muy tranquilo.

—Está bien —contestó Harrodney.

Los dos amigos corrieron hacia el coche. Cuando ya se disponía a arrancar, Percy recordó algo que había dicho Alice. «Rock» ladraba siempre que Lord Edgard estaba fuera de su sepultura.

—Tom, ¿quieres que nos acerquemos a! cementerio?

—Por supuesto. A eso he venido, creo —respondió el galeno.

Percy encaminó el vehículo hacia el camino que conducía al cementerio. Cuando estaba a unos trescientos metros de distancia, creyó ver un ligero resplandor en el panteón.

El instinto le hizo apagar las luces y el motor en el acto. Echó el freno, se apeó y empezó a caminar inmediatamente hacia la sepultura, seguido de su amigo.

—No hagas ruido —aconsejó.

Paso a paso, los dos hombres se acercaron al panteón. Percy se asomó cautelosamente. Harrodney se situó al otro lado.

Había una lámpara eléctrica suspendida de un gancho situado en la pared. La luz era suficiente para permitir ver sin dificultad todos los detalles del interior.

En aquel momento, Weston clavaba una aguja en el cuello del hombre que yacía en el ataúd. El contenido de la jeringuilla pasó lentamente a la arteria carótida. Segundos después, Weston se irguió y guardó la jeringa en la caja.

Acto seguido, consultó su reloj.

Transcurrió un minuto. El silencio fue roto súbitamente por la voz de Weston:

—Levántese, Lord Edgard.

Hubo una corta pausa. Percy y su amigo, el doctor Harrodney, creían soñar. Aquel sujeto no estaba en su sano juicio...

De repente, se oyó la voz del hombre que estaba en el ataúd:

—¡Déjame... dormir... en... mi... tumba...! ¡Déjame... dormir...! ¡Déjame..., déjame...!

Era una súplica desesperada, hecha con una voz que parecía provenir de las profundidades del universo, el ruego de una persona que sólo quería descansar en su sepulcro. Weston, sin embargo, no pareció sentirse impresionado por aquellos ruegos.

—Levántese, Lord Edgard —insistió—. Se lo ordeno. Usted es mi esclavo y debe obedecerme.

—Déjame... dormir...

—¡Arriba, arriba! Usted, su cuerpo, su mente, me pertenecen... Firmó un contrato con mi antepasado. Usted debía obedecerle a él o a cualquiera de sus descendientes...

¡Levántese! —tronó Weston.

Entonces sucedió lo increíble.

Lord Edgard se sentó lentamente en el ataúd. Luego se puso en pie y salió fuera del sepulcro, siempre con movimientos de autómata. Weston lanzó una carcajada de triunfo.

—Ven, sígueme.

Weston y su esclavo zombie se dirigieron hacia la salida del panteón. Percy y Harrodney se refugiaron al otro lado de sendas esquinas. Weston echó a andar, sin volver la cabeza atrás un solo instante. Lord Edgard le seguía como un autómata.

Percy dejó transcurrir un minuto. Luego se reunió con su amigo.

—¿Qué te parece, Tom?

—Increíble..., pero he de creerlo, porque lo he visto con mis propios ojos. ¿Qué van a hacer ahora?

Percy vaciló. De pronto, recordó a la muchacha.

Alice no había regresado todavía a su casa. Aún debía de hallarse en Shagmore Hall, si bien cabía la posibilidad de que se hubiesen cruzado, sin verse, en el camino. Si la muchacha había vuelto a su casa, mejor; en caso contrario...

—Ven, sigámosles —dijo.

Echaron a andar con gran cautela. Weston y su esclavo marchaban a unos ciento cincuenta pasos por delante de ellos.

Mientras caminaban, Percy pensó en el encuentro con el arquitecto. Si Weston trasladaba de lugar el panteón, tendría a Lord Edgard poco menos que en su propia casa, y no correría el riesgo que suponía hacerle atravesar casi mil metros a campo traviesa, con la posibilidad de ser visto por ojos indiscretos.

Sobre todo si tenía en cuenta que, después de realizado el trabajo encomendado, Lord Edgard volvía por sí mismo a su sepulcro.

* * *

El chasquido de la puerta al abrirse despertó a la muchacha. Cansada de forcejear estérilmente con sus ligaduras, Alice se había quedado quieta. Luego una extraña languidez se había apoderado de ella y, derrotando provisionalmente a sus temores, la había sumido en un sueño, no obstante poco reparador, muy inquieto, con abundancia de rápidas pesadillas, en las que tenían parte muy preponderante Heoghill, Lamargh y la viuda Frisby.

Alzó los ojos. Sonriendo como un demonio, Weston descendía paso a paso por la escalera. Detrás de él, se divisaba la tétrica silueta del muerto-vivo.

—Ahora —dijo Weston—, espero se habrá convencido de la bondad de la fórmula de mi antepasado. Vea, Lord Edgard murió hace doscientos setenta y siete años..., pero yo he conseguido que vuelva a la vida. ¡Y obedece ciegamente mis órdenes!

—¿Qué orden le va a dar ahora? —Preguntó la muchacha—. ¿La de mi ejecución?

—Exactamente...

—Es usted un cobarde. ¿Por qué no me mata usted mismo?

—Mi querida Alice, desgraciadamente, en ese punto, tiene usted toda la razón del mundo: soy un cobarde. Pero existe otro motivo. ¿Por qué he de hacer yo, lo que puede hacer otro en mi lugar? Además, sufriría mucho viéndola morir... Me volveré de espaldas, hasta que...

Alice se dijo que estaba padeciendo una pesadilla. Pronto se despertaría, pensó. Weston se retiró un paso.

—Lord Edgard, le ordeno mate a esa muchacha —dijo.

Hubo un instante de silencio. Alice contemplaba horrorizada a aquel cadáver viviente.

No, no era una pesadilla..., todo resultaba siniestramente real...

Lord Edgard dio un paso, dos... Sus ojos inexpresivos escrutaron el rostro de la muchacha.

En silencio, Percy y Harrodney acababan de asomarse a la puerta del sótano. Desesperado, Percy miró a su alrededor. Vio el mango de una herramienta, tal vez un hacha ya inutilizada, y se apoderó de aquel palo. Haría

cualquier cosa por evitar que se cometiera un nuevo crimen.

Súbitamente, Lord Edgard se volvió. Sus manos se dispararon y atenazaron el cuello de Weston.

—¡No, a mí no...! —rugió el dueño da la casa.

Forcejeó desesperadamente. En vano intentó librarse de la presión de aquellos dedos de hierro, que apretaban cada vez con mayor fuerza. Repentinamente, se oyó un chasquido atroz.

La cabeza de Weston se dobló súbitamente a un lado. Percy, que ya se disponía a intervenir, comprendió que el cuello de Weston se había roto.

Instantes después, Weston rodaba por tierra. Entonces, Lord Edgard giró en redondo y se encaminó hacia la escalera.

Percy y Harrodney se apartaron presurosamente. Lord Edgard pasó por delante de ellos sin concederles una sola mirada.

El joven comprendió que Lord Edgard volvía a su tumba. En cambio, le resultaban ininteligibles los motivos por los cuales había atacado a su amo. Más tarde, se dijo, habría tiempo de discutir el caso.

Mientras Harrodney se inclinaba sobre Weston, Percy corrió hacia la mesa en que se encontraba Alice. Instantes después, la muchacha, sollozando convulsivamente, caía en sus brazos.

—Cometí una imprudencia... —gimió ella. Percy acarició sus cabellos.

—No importa —dijo—. Estás a salvo. Harrodney se acercó en aquel momento.

—Weston ha muerto —informó.

Luego, atraído por la curiosidad profesional, examinó los cuerpos que yacían en las otras mesas.

—Weston dijo que los haría revivir... —explicó Alice entrecortadamente —, Quería... encontrar la fórmula definitiva... para hacerse inmensamente rico...

—Y ha encontrado la muerte —dijo Percy, muy pensativo—. ¿Por qué?

—Hay una posible explicación —terció Harrodney—. Suponiendo que, al menos en el caso de Lord Edgard, la fórmula de Ferries haya dado un resultado positivo, lo que, sin duda, no calculó Weston fue que en la mente no muerta, pero tampoco viva, de Lord Edgard, surgiera un movimiento de rebeldía..., un ansia de no seguir cometiendo más crímenes, por mandato ajeno. Por lo que sabemos de él, era un individuo despreocupado, vividor, alegre, despilfarrador..., pero en modo alguno tenía instintos criminales. Simplemente, llegó el momento en que, pese a todo, se sublevó contra ciertas órdenes que le causaban una invencible repugnancia. Y no olvidemos tampoco lo que oímos en el panteón. Dijo algo que ahora nos parece sumamente revelador.

—¿Qué dijo? —preguntó Alice.

—Quería descansar en su tumba. Weston se lo impedía. Estaba sujeto a él... y la única forma de librarse de esa sujeción era suprimiendo la mente que le forzaba a la obediencia absoluta.

—Pero había un contrato —alegó la muchacha.

—¿Había que cumplir el contrato, incluso al precio de cometer más muertes? —Exclamó Harrodney—. Weston era un psicópata muy particular, de la clase de personas que se horrorizan sólo de poner la mano sobre un semejante, pero que, en cambio, no vacilan en ordenar la ejecución de los más espantosos crímenes, si cree que ello ha de beneficiar a sus intereses. La historia está llena de ejemplos muy aleccionadores.

Percy asintió. Su amigo Harrodney tenía razón. Pero ahora, todo había terminado.

—Tendremos que avisar a la policía —dijo—. Tom —señaló los cadáveres que había sobre la mesa—, ahí tienes material para tus investigaciones.

Harrodney asintió. Percy rodeó con un brazo la cintura de la muchacha y la empujó suavemente hacia la salida.

En el vestíbulo, Alice, melancólicamente, contempló las riquezas de aquella mansión. Trescientos años antes, se había firmado allí un siniestro contrato, que la muerte había roto de una manera definitiva.

Fijó la vista en el retrato de Lord Edgard. Le pareció que había en su rostro una expresión de paz y calma infinitas, no apreciadas anteriormente. Sí, Lord Edgard dormía ya tranquilamente en su sepultura.

* * *

Al día siguiente, Percy, Alice y el doctor Harrodney fueron al panteón. Una vez en el interior, Percy apartó a un lado la falsa lápida. Luego se inclinó y alzó la tapa del ataúd.

Alice lanzó un grito de espanto. Harrodney, por su parte, frunció el ceño.

Percy perdió el habla momentáneamente. En el interior del ataúd sólo había unos montoncitos de ceniza gris y apestosa, mezclados con las ropas actuales que Lord Edgard había vestido en los últimos tiempos.

La fórmula del doctor Ferries había agotado su efectividad, pensó el joven. Lenta y respetuosamente, cerró el ataúd. Aunque no le alcanzaba para nada el parentesco con lord

Edgard, se prometió a sí mismo encargar una auténtica losa de granito, que cerrase para siempre aquella sepultura.

Hondamente impresionados, salieron al exterior. El viento, fresco y agradable, dio de lleno en sus rostros. A Percy le pareció que disipaba visiones que habían oscurecido sus ánimos durante algún tiempo, incluso el cielo le pareció más azul.

Caminaron de vuelta a la granja. De pronto, oyeron a lo lejos unos alegres ladridos.

«Rock» llegó a todo correr y se puso a saltar alegremente alrededor de ellos. Percy se inclinó y, arrodillado, pasó un brazo en torno a la garganta del can.

—Me aprecia mucho —sonrió. Harrodney le guiñó un ojo.

—No más que la dueña, diría yo —exclamó maliciosamente. Alice se

ruborizó.

—Percy es un excelente amigo —dijo. Harrodney movió la mano y chasqueó los dedos.

—Ven, «Rock», aquí hay dos personas que tienen que hablar de asuntos propios, sin testigos —dijo.

El médico y el perro se alejaron corriendo. Percy y la muchacha quedaron frente a frente, con las manos juntas.

—Tú te has habituado ya a la vida de campo —dijo él.

—Bueno, tiene sus ventajas... y sus desventajas...

—Quizá no te gustaría volver un día a Londres. Yo tengo allí mi trabajo..., pero Grobbs Farm está relativamente cerca y podríamos venir aquí los fines de semana.

—No es una mala perspectiva —contestó Alice—. Tendré que pensar detenidamente en el asunto.

Percy asintió.

—Piénsalo... y encontrarás la respuesta —aseguró.

Alice sonrió. En sus ojos, en sus labios, estaba la respuesta, vio Percy.

FIN